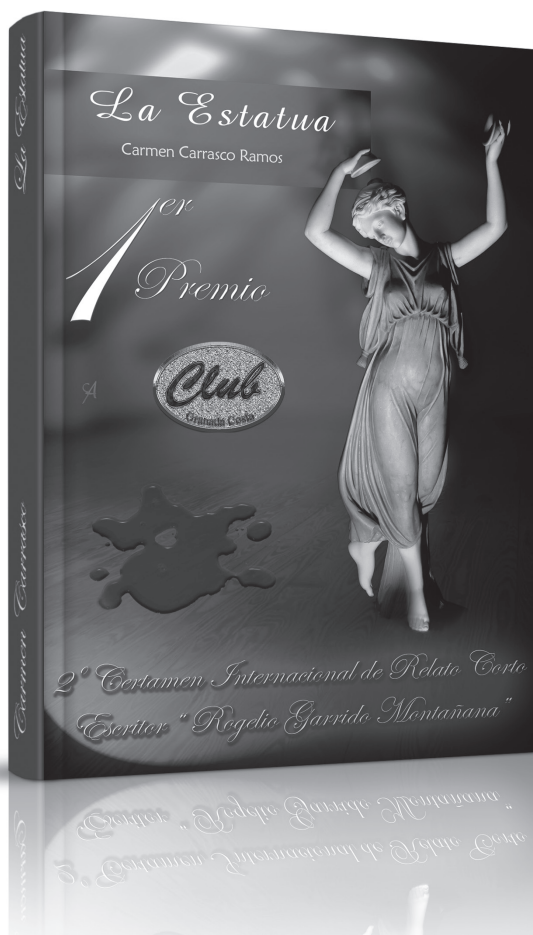


CARMEN CARRASCO RAMOS

La Estatua

Doce relatos fantásticos



GRANADA CLUB SELECCIÓN

1ª Edición: año 2014

Copyright: Carmen Carrasco ramos

Copyright de esta edición: Granada Club Selección S.L.

I.S.B.N.: 978-84-92504-67-1

Depósito legal: GR 820-2014

Edita: Granada Club Selección S.L.

Portada: Carmina Andrés

www.carminandres.com

Ilustraciones del interior: Ana Navarro

Empresa Distribuidora: Granada Club Selección, S.L.

Avda. de Andalucía 16.

18611 MOLVÍZAR (Granada)

Teléfono Redacción: 958 62 72 16

E-mail: promociones@granadaclubseleccion.com



Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa y por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante cualquier alquiler o préstamos públicos.

DEDICATORIA

Al jurado, que tuvo a bien premiar este libro de relatos, con mi agradecimiento.

A D. José Segura, alma mater del Club Granada Costa.

A D. Rogelio Garrido, autor del prólogo.

Y, finalmente, a toda la gran familia que forma esta Asociación, en especial, a la cantante Inmaculada Rejón.

AGRADECIMIENTO

A la diseñadora Carmina Andrés, autora de la portada y de mis vídeos.

A Manuel Andrés, reportero gráfico de todos mis actos. A Jesús y Emilio y a mi familia por su gran apoyo.

Prólogo

El 2º “Certamen Internacional de Relatos Cortos”, patrocinado (como el anterior y los que seguirán) por el “Club Cultural Granada Costa” y su digno Periódico, tras la concienzuda lectura de los relatos recibidos, ya cuenta con el ganador de esta convocatoria, “La Estatua”, cuya autora es Carmen Carrasco Ramos. (Certamen que por gentileza de dicho Club lleva mi nombre, que me honra y agradezco).

“La Estatua” es, a mi juicio, un maravilloso “poema en prosa”, de alta inspiración y excepcional contenido literario. En este original relato Carmen Carrasco nos sorprende una vez más con sus dotes narrativas, su fértil imaginación y su envidiable sentido lírico: cualidades por las que, lo que escribe y como lo escribe, nos fascina y seduce.

“La Estatua” es un relato de contenido “simbólico”, (simbolismo aplicable a la “vida real”, como veremos) y me explico:

La autora nos cuenta que un eminente escultor modeló una bellísima estatua femenina, pero pensando en Granada -donde nació y cuna de sus antepasados- de cuya historia, riqueza artística y ambiente cordial de sus moradores, estaba orgulloso y embelesado. Si España era su patria grande, Granada era su patria chica, y la adoraba. Y quiso que su hermosa estatua femenina fuera hermosa, radiante, y con el embrujo y “duende” de la encantadora Granada: ¡pero en forma de “Mujer” de la que acabó enamorándose!

Y delirando ya en su trance amoroso, quiso infundirle “vida” a su obra, que tuviera sentimientos, que lo amara tanto como él la estaba entrañablemente amando. Esculpizó para ella un corazón de bronce, “cálido metal de hermosos reflejos que introducido en su pecho de piedra -pensaba él- palparía rebosante de amor”. Se lo introdujo pero la estatua se mantenía en su silencio pétreo. Entristecido pero no abatido, el artista pensó: “¿y si le introdujera un corazón de plata, casto metal blanco que con su argentina energía logrará palpar, y quererme como yo la estoy queriendo?” Y dicho y hecho. Pero su adorada creación femenina seguía atractiva y fascinante a los ojos, pero fría y muda. “¿Y si probara con un corazón de oro?” Y lo esculpizó, creyendo esta vez que “con ese corazón resplandeciente y dorado como el sol; sería capaz de vivificar a su diosa Granada, al sentir tan noble metal junto a su alma de piedra”. El artista, ya obsesionado, le introdujo su esperanzador corazón de oro. ¡Pero, ay, el bloque de piedra, por muy bien esculpido que estuviera en envidiable forma de mujer, ni palpitaba ni sentía, ni emanaba el esperado calor erótico y humano!

¡Pobre artista, aislado en su fina burbuja romántica, delirante y trascendente! “Si he logrado infundirle a un bloque de piedra belleza, hechizo y fascina-

ción, -pensaba él- ¿por qué no puedo infundirle Vida, y Amor?” En definitiva y sin caer en la cuenta, había intuido lo que la Ciencia tardó en descubrir: “que la Materia puede convertirse en Energía, operando con técnicas adecuadas en los átomos y sus núcleos masivos de protones y neutrones”. Sí, nuestro artista estaba convencido de que “la energía es inherente a la materia, convencido del elemento divino oculto en todo lo humano”. Pero se atrevió a más, a lo que solo los artistas, los amantes, los místicos, los sufíes, y los poseídos de esa clase de “locura” no enfermiza y patológica sino la propia del “Genio” (así, con mayúscula), todos ellos sin esfuerzo le podrían entender.

Es tan sorprendente y emotivo lo que sigue, tan original y propio de “una sublime mitología” que lo dejo para el gusto y regusto de los lectores...

Carmen Carrasco nos ha ofrecido en su Relato un maravilloso “poema en prosa” como dije, una pequeña “leyenda” que se presta a hondas consideraciones. Y una de ellas -ya en terreno de lo cotidiano- es la siguiente: “con cuántas personas nos encontramos, incapaces de amar, comprender y ayudar, insensibles a la heridas físicas y espirituales de los demás; son, comparativamente, como bloques de piedra, tan bellas, elegantes y atractivas como queráis, pero sin calor humano, sin “corazón”. Para infundir “Vida Superior” en su existencia egoísta e indiferente a sus congéneres, solo lo podemos conseguir interiorizándonos con Amor en sus almas, con elevadas dosis de comprensión, con sensibilidad y cálidas palabras unguadas de Luz y Sabiduría. Solo así lo monolítico y pétreo de una persona fría y sin corazón, experimentará palpitaciones repletas de ilusión, de anhelos, de emociones y sueños, ¡y su nueva actitud ante la vida y lo seres humanos será cordial, sensible, imaginativa, creativa y amorosa! Porque, como bien dijo el célebre novelista francés Anatole France (1840-1908): “El Corazón pone la Vida en todo aquello que ama”. Y como lo expresó el eminente novelista suizo Eduard Rod (1857-1910): “En el fondo de cada alma existen tesoros escondidos que solo los descubre el Amor”. La amó con esa categoría de amor descrita por el insigne literato francés Alfred de Vigny (1797-1863) con estas fragantes palabras: “El Amor es una fuente inagotable de reflexiones, profundas como la eternidad, tan altas como el cielo y tan extensas como el universo”.

Para el presente libro, acompañando a su premiado relato “La Estatua”, su autora ha querido unir varios de sus muchos escritos y narraciones, también de corta extensión pero de amplios, bellos y significativos contenidos.

Como “La Joven Misteriosa”, magnífica leyenda que nuestros mejores y célebres poetas y prosistas de la época romántica habrían leído con suma complacencia y hubieran felicitado con cálidos epítetos a su autora.

“La Roca Solitaria”. Estupendo relato para la intimidad, para el alma que está en trance de “soñar, sentir, experimentar”, y descubre que algo tan usual y visto como una roca batida por las olas del mar y arrullada por los vientos,

“tiene su vida, emite lamentos y nos transmite mensajes de trascendental contenido”, si sabemos observarla y escucharla sintonizado “con lo Invisible que mueve todo lo Visible” (como expreso en mi obra “Xiboritey”)

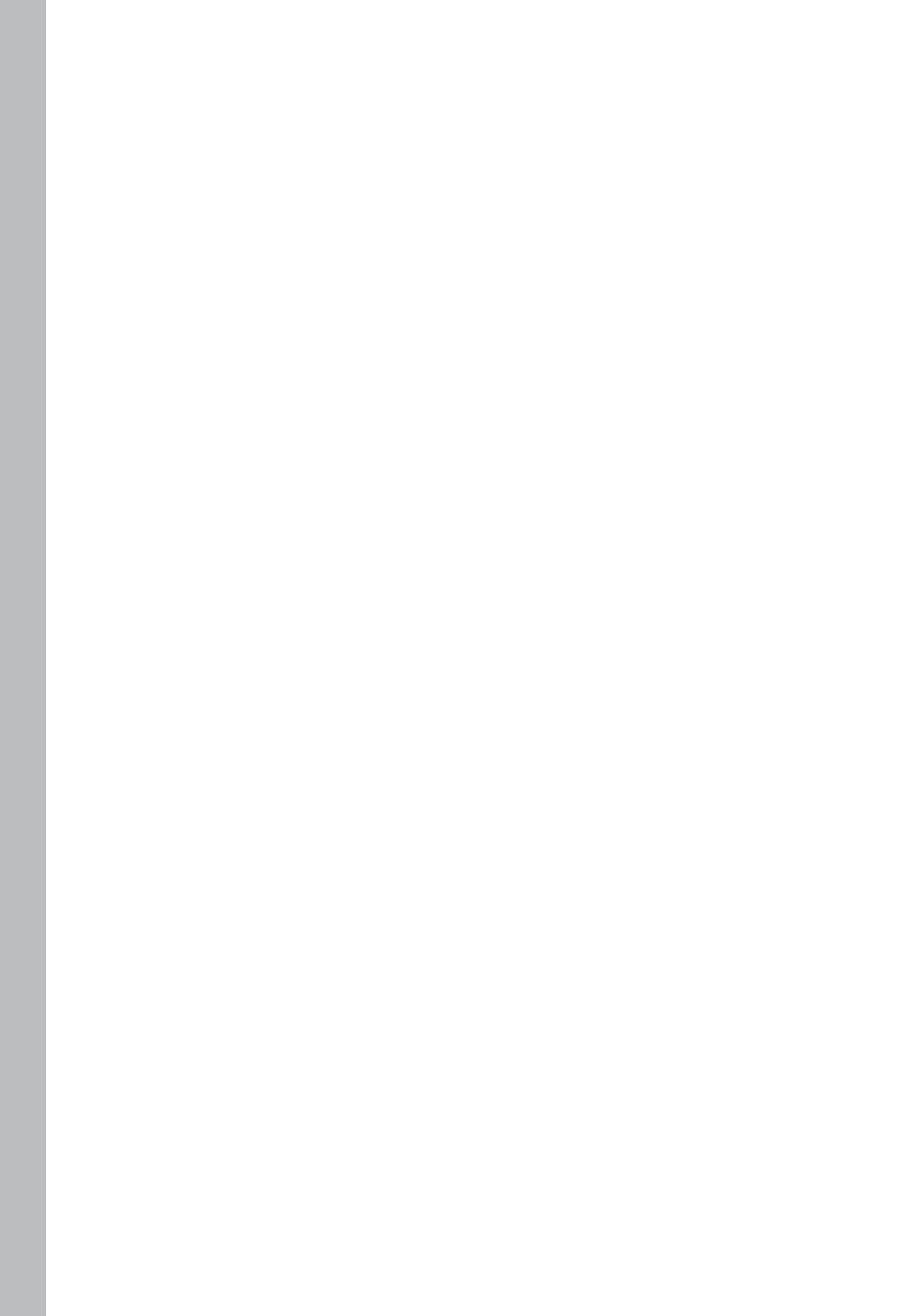
“La Güija”. Relato de “suspense”, la curiosidad de varios amigos jóvenes y bien avenidos, evocando entidades ocultas, y los sorprendentes e inesperados resultados. Pero han descubierto que “no solo existe lo que se ve, se toca, se mide y se pesa: hay algo más, inmaterial y trascendente, que nos da que pensar...”

Y otros más, como “La Nave Espacial”, “La Flor”, “La Pesadilla”, “¡Sí, es Azul!”, “El Túnel”, “El Juglar”, “Sinfonía en Gris”...

Todos ellos dignos de “leerlos, meditarlos y releerlos”, porque apelan a nuestro mundo interior, al epicentro de nuestros anhelos y nostalgias, de nuestras dubitaciones, presentimientos, intuiciones y corazonadas. ¡Deliciosos todos ellos, e inolvidables!

¡Mis plácemes y enhorabuena a ti, insigne escritora y Amiga Carmen Carrasco Ramos!

ROGELIO GARRIDO MONTAÑANA
Presidente de Honor del Club Cultural “Granada Costa”.



Índice

La Estatua.....	13
La joven misteriosa.....	19
La roca solitaria.....	27
La Güija.....	33
La nave espacial.....	39
La flor.....	45
La pesadilla.....	49
¡Sí, es azul!.....	55
El túnel.....	59
El juglar.....	65
“Sinfonía en gris”.....	71
La alucinación.....	77



Aquella hermosa estatua, representación de Granada, parecía sentir; latir, amar.

LA ESTATUA

El genial artista miró extasiado su obra recién acabada. En su espacioso taller, situado frente a aquel maravilloso paisaje de La Alpujarra, había soñado mucho tiempo con esculpir una bella estatua que representase a su amada Granada, la ciudad en que naciera, cuna de sus padres y de una larga generación de auténticos granadinos amantes de su tierra. Ya de niño se entretenía haciendo graciosas figuritas con la arena de la playa de Motril, donde iba todos los veranos con sus padres, ajeno entonces, en su inocencia, que un día ese don con que la naturaleza le obsequiara generosa lo habría de convertir en un gran escultor de fama universal.

Desde entonces, su vida había cambiado por completo. Lejos quedaban ya aquellos veranos jugando en la arena frente al mar y el duro camino que hubo de recorrer hasta situarse en el pináculo de la fama. Pero su amor a Granada seguía siendo el mismo, si no más, aumentado con los años. Era su gran pasión, su amada. La mujer ideal con quien siempre soñara y que aún no había encontrado en su vida.

Y ahora se hallaba frente a aquella hermosa estatua, viva representación de Granada-Mujer, salida de sus manos, de tal belleza y perfección que a pesar de ser tan sólo un bloque de blanquísimo mármol, al contemplarla se sintió al instante enamorado de su criatura, ya que así la consideró desde el primer momento en que comenzó a cincelarla. No era para él sólo la imagen símbolo de su ciudad. Era un ser viviente que parecía latir, respirar, sentir. Sus ojos le miraban con amor. Sus brazos se tendían hacia él como queriendo acariciarlo. Su hermoso cuerpo era una promesa de pasión... pero su corazón era de piedra. Incapaz, por tanto, de sentir emoción alguna.

Y el famoso escultor, admirado de todos, mimado por las musas, creador de las más bellas obras de arte, mirando apenado a

la estatua, no encontraba el medio para infundir vida y sentimientos a tan bella imagen. Y pasaba los días y las noches pensando y tratando de hallar la deseada solución. Mas su empeño era en vano. Había creado a su idolatrada Granada, su mujer ideal, sin corazón y jamás podría sentirse amado por ella como era su más ferviente deseo de enamorado.

Y de pronto, cuando más desesperado y hundido en su aflicción se encontraba, que hasta hubiese sido capaz de vender su alma a cambio de la vida de su esfinge, le vino a la mente una idea salvadora. Y pletórico de júbilo, se dirigió a la estatua diciéndole:

-¡Crearé para ti un corazón de bronce! Cálido metal de hermosos reflejos que introducido en tu pecho de piedra, a su contacto, te hará vivir y te convertirá en el acto en una auténtica mujer.

Y creó durante días con enorme ilusión un reluciente corazón de bronce, rojizo, bello, despidiendo reflejos de fuego, que, al sostenerlo entre sus manos parecía palpitar al compás del suyo. Y cuando al fin lo hubo terminado, satisfecho, lo introdujo en el pecho de la estatua, pleno de emoción, deseando escuchar el ansiado palpitar. Durante horas permaneció como hipnotizado esperando que el milagro se realizase. Pero de aquel frío pecho no salió ningún signo de vida, ningún latido. La estatua, erguida en su pedestal, seguía inerte encerrada en su cuerpo de mármol.

El desdichado escultor, al ver fracasado aquel intento, se vio sumido aún más en su desesperación. Tenía ante sí aquella hermosa imagen y sentíase incapaz de infundirle vida. ¿Por qué la habría creado -se decía- si había de causarle tanto sufrimiento trastornando por completo su plácida existencia?

Y miraba una y otra vez embelesado a su amada como esperando una respuesta, un gesto de aliento. Pero sólo el silencio le respondía en la soledad de su taller. Y de pronto, cuando menos

lo esperaba, sintió que le llegaba una nueva inspiración. Y alborozado, exclamó nuevamente:

-¡Te pondré un corazón de plata! Casto metal blanco que con su pureza, unida a la tuya de vestal, al irradiar dentro de tu cuerpo toda la energía que posee su argentino poder, habrá de convertirte por fin en un ser vivo.

Y esperanzado, creó un hermoso corazón de plata labrado primorosamente con mil filigranas y adornos. El bello metal, al tomar la forma de corazón en manos de su artífice, parecía tener el brillo de la luna. Y cuando creyó acabada su segunda obra, satisfecho plenamente, se dispuso a introducirlo en el pecho de piedra de la imagen. Y esperó de nuevo que esta vez, ante la nobleza de la plata, la hermosa esfinge lo acogiera y su cuerpo se llenase de calor y arrancase a palpar. Fueron días y noches de espera obsesionado por oír tan siquiera un leve latido de aquel duro pecho. Todo en vano. El metal de plata no resultó ser un verdadero corazón. Y la estatua siguió quieta, muda, inalcanzable para aquel desdichado ser humano.

¡Qué tristeza sentía su alma sensible de artista! Pasaba las noches en vela. Se notaba febril e incluso había perdido la inspiración para crear nuevas y bellas obras. Ya todo giraba en torno a aquella imagen divina que en su obsesión le tenía encadenado no dejándole pensar si no era en ella. En la forma de infundirle vida. Esa vida que tan sólo deseaba para él. Para adorarla, como ahora ya lo hacía, aunque ella fuese semejante a una fría diosa que desdeñara una y otra vez su apasionado amor.

Suplicante, imploró a todas las musas existentes para que viniesen en su ayuda y al fin, la musa inspiradora de su arte, la Escultura, se apiadó de él y le inspiró una nueva idea. Si el corazón de bronce, aunque cálido, no había dado resultado, ni el de plata, bello pero frío, tampoco lo había logrado, hallando nuevamente un rayo de esperanza exclamó:

-¡Crearé un corazón de oro! ¡Magnífico, brillante, resplandeciente y dorado como el sol, que despida a su alrededor miles de rayos luminosos! El oro sí será capaz con su calor de despertarte, Granada, diosa mía, al sentir tan noble metal junto a tu alma de piedra.

Y como enloquecido, comenzó a esculpir el más bello corazón que nadie pudiera jamás imaginar. Trabajaba día y noche, hasta caer rendido, sosteniendo entre sus manos aquella pequeña obra de arte. Su cincel parecía lanzar chispas de luz al contacto con el oro y su imaginación calenturienta ideaba uno y mil adornos y grabados que hiciesen más hermosa aún aquella joya. Era su última esperanza. Esta vez, estaba convencido, conseguiría dar vida a su escultura pues ella no sería capaz de desdeñar aquel corazón tan perfecto.

Y cuando al fin lo hubo terminado, quedó como cegado por su brillo y perfección. Y mostrándolo orgulloso a la imagen, como una ofrenda, lo introdujo en su pecho seguro de que ahora había de realizarse el deseado milagro.

¡Pobre iluso! ¡Pobre loco soñador! La estatua, bello símbolo de su ciudad, indiferente a la maravilla áurea creada por él, permaneció altiva, por encima de cualquier mortal, sin dar el menor signo de vida y destrozando así la última esperanza de su autor.

Transcurrido algún tiempo, el artista, que pasó de la desesperación más absoluta a una infinita tristeza, seguía contemplando ensimismado a su adorada figura. A ratos, en su mundo onírico, le hablaba dulcemente. Otras, le suplicaba en vano que viviese para él. Fiel tan sólo a su adoración, dejó de existir para los demás y convirtió su taller en un santuario cuya única diosa era su amada de piedra. Inaccesible desde su altar, perfumada de incienso, adornada con flores, rodeada de velas y adorada por él. ¿Qué más podía ofrecerle? Había creado tres hermosos corazones, de bronce, de plata y de oro, y ninguno fue digno de ella. ¿Qué más exigía de él? ¿Qué es lo que podría darle vida?

Y una madrugada, como enloquecido, dio un grito de alegría semejante al que lanzara el viejo sabio de la antigüedad. ¡¡Eureka!! Ahora sí que había hallado finalmente la ansiada solución. Sus largas noches de insomnio cavilando habían dado felizmente su fruto. ¿Cómo no se le había podido ocurrir antes? Si la tenía al alcance de su mano, en sí mismo. Dentro de su propio cuerpo. Y dirigiéndose enardecido a la estatua, enloquecido ya por completo, le gritó:

-¡Granada, mi adorada, te daré mi propio corazón! ¡Tómalo! ¡Será tuyo para siempre!

Y mientras cambiaba su corazón humano por el de piedra, perdida ya totalmente la razón, gritaba a la estatua:

-¡¡Palpita!! ¡Quiero escuchar sus latidos dentro de tu pecho! ¡¡Palpita!! ¡Vive para mí!

Y, prodigiosamente, la imagen de Granada-Mujer cobró vida. Y avanzando enamorada hacia su autor trataba de acercarlo a su pecho para entregarle su amor conservado virgen en su cuerpo de piedra.

Y el pobre artista, que al darle a ella la vida, por momentos se iba quedando sin la suya, mirando por última vez su bella estatua, dejó de existir entre sus brazos.



Asomada a la almenas, una bellissima joven contemplaba el paisaje que desde lo alto se divisaba.

LA JOVEN MISTERIOSA

A penas llevaba unos días en aquel pequeño pueblo de ambiente melancólico y nebulosos paisajes. Había terminado brillantemente las oposiciones y con su flamante título de profesor en el bolsillo, consiguió una plaza en aquel rincón perdido entre montañas. En su cabeza bullían mil y una ideas innovadoras para volcarlas en sus futuros alumnos, lejos de una enseñanza rutinaria y anticuada.

A sus veintipocos años, dedicados al estudio, su vida se había deslizado cómoda, sin grandes contratiempos ni problemas, apoyado siempre por su familia. Por unos padres que se desvivieron para hacer de él, como suele decirse, un hombre de provecho. Y lo habían conseguido. Era un muchacho ejemplar, ante un halagüeño presente y grandes dosis de esperanza en el futuro y confianza en sí mismo para con su trabajo colaborar en hacer un mundo mejor. Lo que se dice, un idealista.

Aquel pueblo no le desagradó. Perdido casi en el tiempo, tenía un encanto especial. Sus casas, de techos inclinados y cubiertos de tejas rojas, le daban un estilo pintoresco, casi como de cuento. Una vieja iglesia de piedra, situada en medio de la plaza, era como el tótem sagrado al que acudían todos los habitantes obedientes al oír el toque familiar de la campana. Un cantarino riachuelo de aguas cristalinas corría alegremente por entre unos olmos de hojas plateadas, gigantes del paisaje, mientras cientos de renacuajos, nerviosos y de rápidos movimientos, nadaban entre sus aguas y miles de margaritas festoneaban sus riberas. Su placita, corazón del pueblo y centro de reunión de los vecinos, estaba rodeada de soportales de piedra y en medio de la misma había una pequeña fuente con un amorcillo por cuya boca salía un alegre chorro de agua fresca que caía en el estanque donde unos peces de colores eran la atracción de la chiquillería.

En uno de los picos más elevados de la sierra se conservaban las viejas ruinas de un castillo medieval, orgullo de los habitantes de aquel pueblo, pero al que parecían tener un cierto miedo o superstición ya que jamás subían hasta él. Sus desdentadas almenas y la derruida torre eran vestigios de unos tiempos remotos de esplendor en los que lances caballerescos, justas y torneos eran celebrados por valientes caballeros en honor de sus damas. Algún día subiría, sin hacer caso de las viejas historias que se contaban para hacerle desistir de su empeño. Las gentes de los pueblos siempre son muy dadas a tejer fantásticas romanzas del pasado.

Llevaba allí apenas unos días y empezaba a sentirse a gusto en aquel lugar. La gente era amable aunque poco dada a hablar de cosas pasadas. Daba la impresión de que ocultaban algo, algún suceso acaecido, que no deseaban mencionar.

Una tarde de maravilloso otoño en que al acabar las clases le apetecía dar un paseo por las afueras del pueblo, dirigió sus pasos en dirección al castillo y admirando desde lejos sus majestuosas ruinas recortadas en el cielo, que parecían incitarle a visitarlo, decidido, se encaminó por la empinada cuesta que lo llevaría hasta lo alto, aprovechando los últimos rayos de un sol que ya se acercaba a su ocaso en su lento caminar.

Era ágil y fuerte y no le costó mucho alcanzar la cima del monte y descubrir, al llegar, los restos de lo que debió ser en otro tiempo un bello castillo. Aún conservaba algunos lienzos de muralla y la torre se erguía esbelta y llena de dignidad. Decidió subir a la misma por unos derruidos escalones que aún quedaban labrados en la piedra cuando, al acabar de subir el último escalón del torreón, se quedó sorprendido al descubrir asomada a las almenas una joven bellísima contemplando el paisaje que desde lo alto de la torre se divisaba. Ella no se dio cuenta de su presencia y al acercarse se volvió con una mirada ausente y cierto aire de misterio. Al verla de cerca le pareció

aún más hermosa con un vestido blanco que le llegaba hasta los pies, esbelta, de cabellos rubios y grandes ojos aunque algo inexpresivos. Se presentó cortésmente y al tenderle la mano para estrechar la suya, ella no hizo ningún ademán para corresponderle. Pensó que aquella joven debía de ser tímida o que su inesperada presencia la había sobresaltado.

Trató de entablar una conversación con ella explicándole quien era. Que había sido destinado al pueblo hacía poco tiempo. Lo agradablemente sorprendido que estaba de haberla encontrado en la torre del castillo. El impacto que le había causado su belleza y ese aire misterioso que emanaba de ella... La joven le escuchaba sin decir nada, como ausente. Se diría que su mente estaba en otro lugar, lejos de allí.

El muchacho siguió sacando mil y un temas de conversación que pudieran interesarle, pero todo en vano. Aquella hermosa mujer no se inmutaba ni le respondía a nada de lo que el joven, ya desanimado ante su actitud, le comentaba. Pero, ¡era tan hermosa! Empezaba a notar que en su corazón algo estaba naciendo. Un sentimiento amoroso, incipiente pero firme. Atrevido, le propuso seguir viéndola en sucesivas ocasiones cuando, inesperadamente, al pronunciar esas últimas palabras, la joven se dio media vuelta y se alejó de allí bajando los escalones de la torre a toda velocidad.

Se quedó como paralizado y sin saber qué hacer, incapaz de reaccionar ante la súbita desaparición de aquella mujer de la que, sin explicarse cómo, se había enamorado perdidamente.

Cuando fue capaz de pensar, salió a todo correr bajando de la torre, casi ciego, tratando de alcanzar a la joven misteriosa... pero ésta había desaparecido. De ella no quedaba ni rastro. Fue inútil la búsqueda por entre las ruinas y pasadizos del castillo. Su enamorada se había perdido en el crepúsculo de la tarde.

Apesadumbrado, cejó en su empeño de buscarla y decidió regresar al pueblo hecho un mar de confusiones pues

aquella mujer, aunque tan sólo la había visto una vez, le había calado hondo. Al entrar en la plaza se encontró, sentada en uno de los bancos, a una anciana de rostro enjuto que lo miraba como comprendiendo su estado de ánimo. Los viejos son sabios y adivinan el pensamiento de los jóvenes enamorados.

-Buenas noches, anciana -saludó con cortesía al acercarse a ella.

-Buenas las tengas, muchacho. Has subido al castillo, ¿verdad? Lo adivino por el semblante triste que traes, cuando la vida a tu edad tendría que sonreírte.

Aquella anciana parecía comprender lo que le estaba ocurriendo y, como por otra parte, no tenía a nadie con quien compartir su pesadumbre, decidió abrirle su corazón. Necesitaba hablar con alguien, comunicarle lo que le había sucedido.

-Sí, buena mujer, he subido al castillo en donde me he encontrado a la joven más bella que jamás he visto en mi vida. Rubia, llena de misterio...

-¡Palmyra! -exclamó la anciana como una sentencia.

-¿Sabes su nombre? Háblame de ella, anciana. Necesito volver a verla. Creo que ya la he amado desde el primer momento en que la he visto y se ha convertido en la mujer que siempre soñé y que hasta hoy no había encontrado. ¡Ayúdame, anciana!

-Hijo mío -le respondió la mujer mirándolo con compasión-, *esa joven hermosa de la que te has enamorado perdidamente, no existe.*

¿Qué alucinantes palabras estaba escuchando? Él la había visto con sus propios ojos, la había tenido tan cerca que con sólo alargar la mano hubiera podido tocarla. ¡No existe! Era imposible. Aquella anciana estaba divagando, no encontraba otra explicación lógica para sus palabras.

Como si hubiese leído sus pensamientos, la anciana aclaró: *-No he perdido la razón, joven, como quizá sospechas. Escucha esta historia:*

Palmyra era una hermosa muchacha que vivía en este pueblo. La vida le sonreía pues poseía juventud, belleza y amor ya que un apuesto joven llenaba su vida de ilusión y felicidad. Él fue el elegido de su corazón entre los dos pretendientes que aspiraban a su amor al mismo tiempo. El otro rival, sintiéndose al principio desairado, había jurado vengarse pero, pasado un tiempo, debió recapacitar, las aguas volvieron a su cauce y los enamorados pudieron pasear dichosos su amor ante las miradas de admiración y cariño de todos los habitantes del pueblo. Eran la viva representación de la felicidad.

Y llegó por fin el día dichoso en que la boda había de celebrarse. La iglesia fue adornada con cientos de flores. La campana tañía llenando con sus sonos el aire de notas alegres. Todo el pueblo se había vestido con sus mejores galas para acompañar a tan feliz pareja... pero, inexplicablemente, el novio aún no había aparecido.

Palmyra, bellísima, con su vestido blanco de novia, aguardaba con ilusión al pie del altar la llegada de su amado, cuando un grito de horror, lanzado por todas las gargantas, resonó en el silencio de la iglesia.

Andando a duras penas, casi arrastrándose, con el pecho sangrando por la terrible herida que le había causado aquel pretendiente despechado en su venganza, apareció su amado, en un postrer esfuerzo sobrehumano, con las manos tendidas hacia ella.

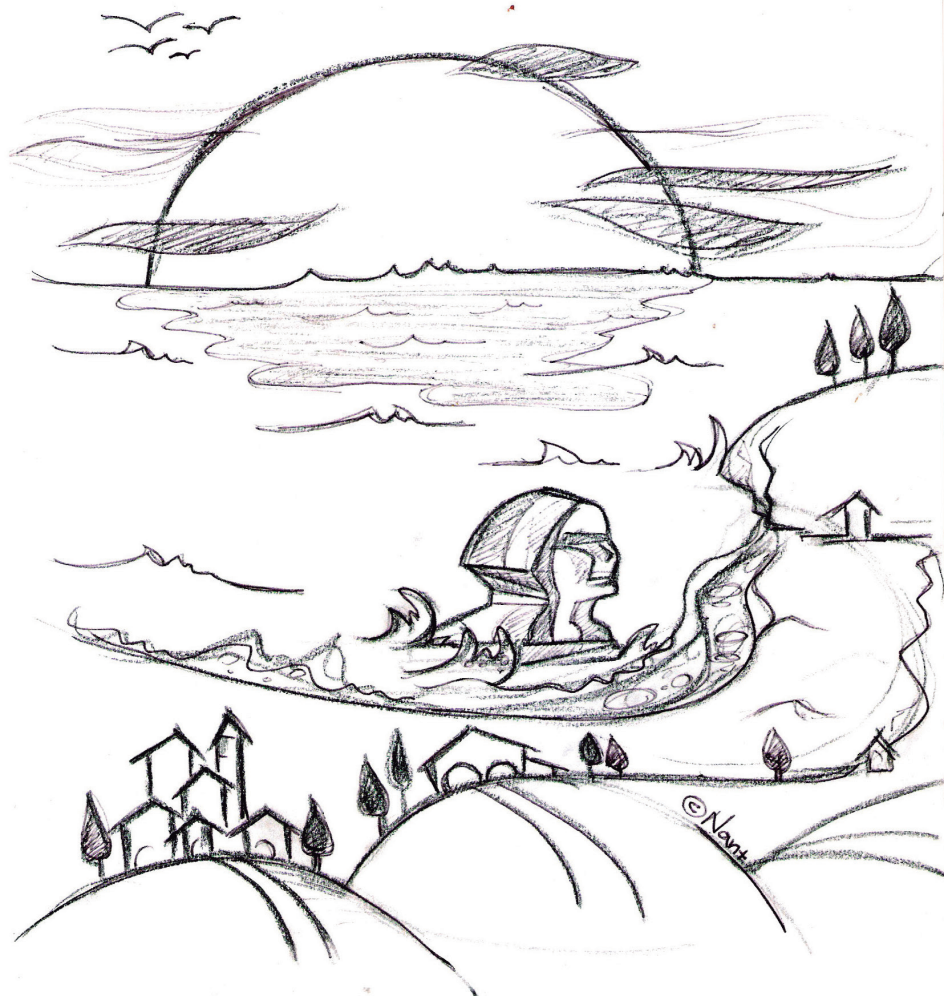
Palmyra, horrorizada, corrió en su ayuda tratando de sostenerlo mientras el muchacho, herido de muerte, caía desplomado entre sus brazos.

-Anciana, esto que me cuentas es horrible. Pero, ¿qué fue de Palmyra?

-La muchacha, como loca, casi perdida la razón, huyó despavorida hacia el castillo, sin que nadie lograra alcanzarla, y al llegar a la torre se lanzó al vacío desde las almenas.

Hoy, precisamente, se cumple el aniversario de aquella tragedia que llenó de tristeza a este pueblo. Por eso la has visto tú en la torre desde donde se arrojó. En cada aniversario aparece a la misma hora en lo alto de esa torre y dicen que algunos la han visto allí con su vestido blanco flotando al aire como un sudario.

Han pasado muchos años. Aquel joven profesor que un día llegara lleno de ilusiones a ese pueblo perdido entre montañas, hoy es un anciano de cabellos blancos –en realidad, sus cabellos se volvieron blancos la misma noche que escuchó aquella historia de Palmyra- con la mirada triste perdida en el infinito y un nombre en sus labios que no cesa de repetir: PALMYRA.



En medio del mar, destacaba la roca solitaria como una bella esfinge pensativa.

LA ROCA SOLITARIA

Me encantan los atardeceres. Es una hora en que el día se despide lentamente en brazos de un cansado sol dejando tras de sí reflejos rojizos que convierten ese tránsito hacia la noche en unos instantes rosados. Quizá sea para hacer menos penoso que su luz nos abandona y el mundo se llena de sombras. Los que hemos nacido en el Mediterráneo, por lo general, somos adoradores del sol y esa hora melancólica del crepúsculo, a veces nos da un punto de tristeza cuando vemos desaparecer por el horizonte los últimos rayos solares.

Antes de proseguir mi relato me gustaría aclarar que yo tengo la suerte de vivir en un pueblecito pintoresco, con blancas casitas, una pequeña iglesia de piedra con santos viejos y una torre cuya campana, la “Cantarina”, alegre repica las mañanas de los domingos. También disfrutamos de un pequeño parque llamado pomposamente “El Edén”, con una fuentecita reinando en medio y cuatro chorros de agua cristalina. En lo alto de la colina se levanta una ermita, muy milagrera, lugar de peregrinaciones y romerías. Y para que todo sea completo, también hay un paseo poblado de altos olmos a ambos lados del camino. Lo que se dice, un pueblo más de los muchos que existen en cualquier parte.

Pero, además de todo lo descrito, mi pueblo está rodeado por el mar. Un mar de aguas verdeazules que han formado unas bonitas calas a lo largo de su costa. Una de ellas, la cala de la Roca, es mi preferida, quizá por hallarse más alejada del pueblo que las restantes. Preciosa, recoleta, como queriendo ocultarse del mundo, tiene la particularidad de que, no lejos de su orilla, emergió hace mucho tiempo una roca solitaria que en medio del mar destaca como si fuera una bella esfinge pensativa. No en vano, tiene esa misma figura cual si fuera un calco de la esfinge egipcia representando al faraón Kefrén. Una mole llena de grandeza, de fuerza y del temple con que la tierra la formó.

Como ya he comentado, me encanta el atardecer y a menudo vengo dando un tranquilo paseo hasta esta cala y, sentándome sobre la arena, contemplo el ir y venir de las olas mientras el sol se va acercando al horizonte y majestuosamente se mete en el mar. Son maravillosas las puestas de sol desde este lugar y a veces, totalmente relajada, pierdo la noción del tiempo. Afortunadamente, ahora dispongo de todo el tiempo del mundo para mí. Es un premio que me he ganado por mis muchos años de trabajo... y de hojas en el calendario.

Una tarde en que, como otras veces, me hallaba sentada en la playa contemplando el paisaje, el crepúsculo comenzaba a invadirlo todo con sus sombras. Yo me sentía extasiada, en un estado casi de relajación, mirando la roca aislada en medio de las aguas y, en aquellos momentos, cual si se tratase de un ser que tuviese sentimientos, tuve pena por su soledad de años, o siglos, tal vez, de milenios. ¡Pobre roca, qué soledad debía sentir su alma gris.

Sumida en mis reflexiones, oí suavemente como un leve suspiro. Miré a mi alrededor pero allí no había nadie excepto yo. Aquella cala solía ser poco frecuentada. Volvió a repetirse aquel suspiro y, con sorpresa, descubrí que provenía la roca objeto de mi compasión. De repente, en medio del silencio de la noche —el sol ya se había ocultado dando paso a una hermosa luna llena—, escuché una voz que salía del corazón de granito de aquella roca que hasta entonces había permanecido callada e impasible. Tal vez, pensando que nadie la oiría, lanzó sus lamentos al aire dejando volar su fantasía y sus deseos contenidos durante tanto tiempo. Y sin salir de mi asombro escuché:

-“¡Qué hermoso sería brillar como la Estrella del Milenio, afortunada roca que Gea, madre caprichosa, quiso cristalizar en un hermoso diamante! O también poseer el eterno balanceo, frente a mi estática postura, del famoso basalto que permanece siempre en equilibrio, siempre en continuo movimiento. Y, pues-

ta a soñar, ¿por qué no podría ser la Piedra Negra de la Meca, adorada por fieles peregrinos, y así acompañaría mi soledad ese calor humano? O ser una gigantesca estatua de moais, de rostro impenetrable, guardando hermética ante el mundo el misterio de mi origen. También me encantaría rodear de menhires gigantes, en noches de solsticios, a sacerdotes druidas celebrando en sus templos, a la luz de la luna, sus ritos ancestrales. ¡Qué interesante sería guardar en mis entrañas el secreto arcano que poseyó la Piedra de Rosetta! Incluso, ser la roca de Tarpeya, por donde fue arrojada la vestal, o la piedra que arrastraba el desdichado Sísifo cuesta arriba, castigado por dioses vengativos. O, mejor aún, endulzar este ostracismo, al que fui injustamente condenada, convertida en Pan de Azúcar. ¡Eso sería maravilloso!

Pero sólo soy una roca solitaria condenada a sufrir los embates de un mar, a veces enfurecido, que estrella su ira contra mí. ¿De qué me sirve lamentarme si jamás mis deseos se convertirán en realidad? Seguiré estoica y resignada mi destino. Seré la humilde roca a quien todo se le ha negado... excepto el derecho de soñar”.

Y la roca, lanzando un último suspiro, cesó en sus lamentos volviendo a ser la esfinge silenciosa e impassible en medio del mar.

No sé si fue realidad o adormecimiento de mis sentidos, arrullada por el rumor de las olas del mar, la tibieza de los últimos rayos del sol hacia su ocaso, el ambiente mágico de aquella cala solitaria... No sabría explicar aquel fenómeno que mis sentidos obnubilados creyeron presenciar. Y, envuelta en una gran paz, abandoné la cala y dedicándole una última mirada a la infeliz roca, emprendí el regreso hacia el pueblo.

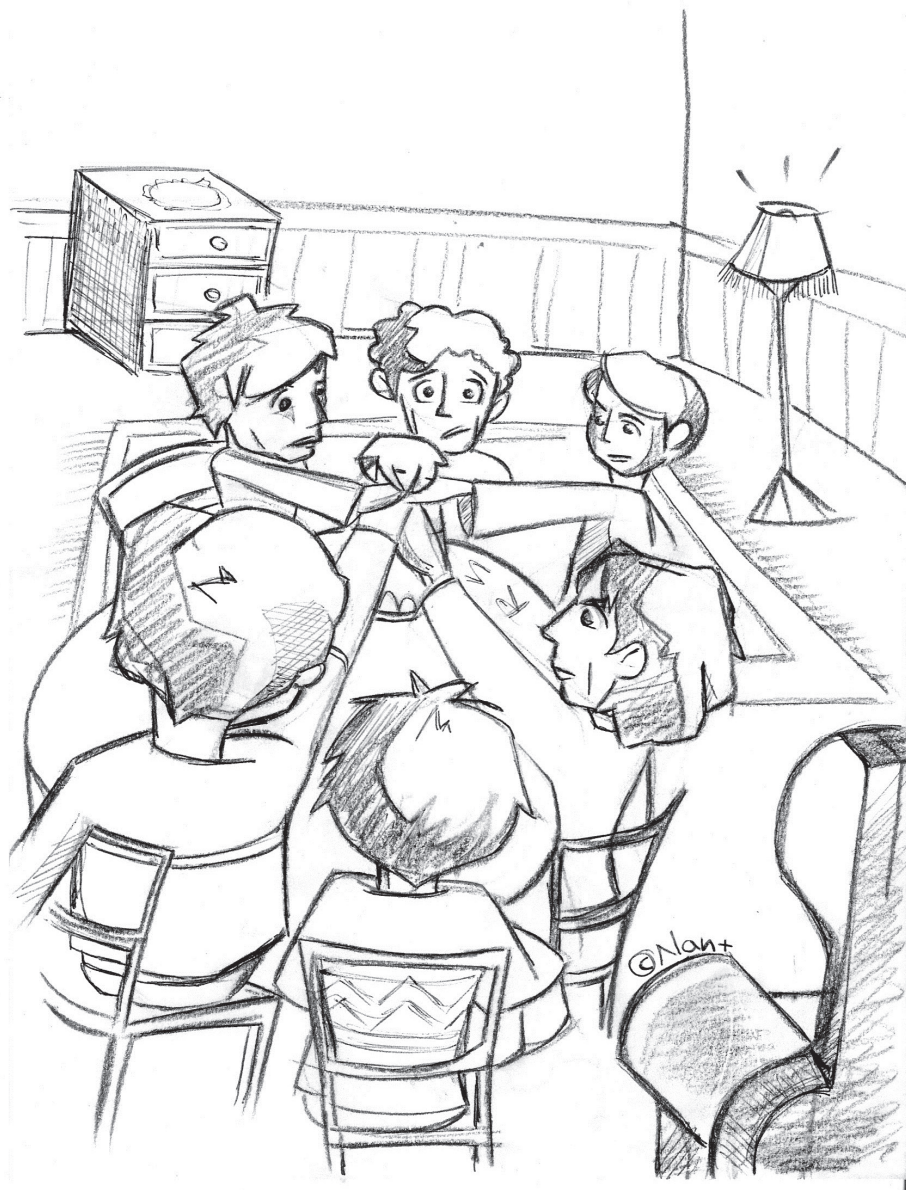
Aquella noche, inexplicablemente, sin que ningún medio de comunicación hubiese dado un previo aviso, se levantó un fuerte temporal procedente del mar con olas de grandes dimensiones

que arremetieron contra la costa destruyendo parte de ella, hundiendo numerosas embarcaciones y anegando calles y cultivos del pueblo. Jamás había ocurrido cosa semejante en aquel lugar. Ni los más ancianos conocían una galerna como la que habíamos padecido aquella noche.

A la mañana siguiente, una vez aplacadas las iras del mar, todo volvió a la normalidad como si no hubiese estallado tal temporal, pero el panorama era desolador. Yo, con un gran pesar por lo ocurrido la noche anterior, no tenía ánimos para nada, ni nada se podía hacer excepto esperar a que las aguas volviesen a su cauce. Salí, pues, a la calle y me eché a andar sin rumbo. Y, sin proponérmelo, me vi frente a la cala, lugar de mi refugio en los atardeceres. La playa estaba destrozada por completo, apenas quedaba rastro de aquella arena fina y dorada sobre la que yo despedía la puesta de sol y, al dirigir instintivamente la vista hacia el lugar donde debía estar la roca solitaria... ¡No daba crédito a lo que veían mis ojos! ¡No era posible! ¡La roca había desaparecido! No quedaba de ella ni rastro. Aquella hermosa esfinge ya no se erguía estática y majestuosa sobre las aguas. Sólo una especie de remolino señalaba el lugar donde antes había estado situada.

Y, como una ráfaga, de un modo clarividente, me vino la revelación de aquel prodigio. El dios del mar, al oír los tristes lamentos de la roca la noche anterior, se apiadó de ella y con la fuerza de sus embates la convirtió en pequeños fragmentos de mil pedazos hundiéndola en sus entrañas donde los peces y sirenas la acompañarían para siempre en su soledad.

Y entonces, me sentí inmensamente feliz porque supe que la roca, la esfinge solitaria, también iba a ser feliz por toda una eternidad.



Una noche, alguien propuso jugar a la güija, juego muy de moda en aquellos tiempos.

LA GÜIJA

Sentados cómodamente en sendos butacones mientras saboreaban una taza de café, Ángel y Mario, amigos desde la infancia, pasaban una agradable tarde recordando anécdotas protagonizadas por ellos durante su ya larga y entrañable amistad.

A ese primer café le siguió un segundo mientras iban recorriendo todo aquel variado repertorio de travesuras juveniles, la mayoría divertidas, de una juventud alegre y sin apenas preocupaciones. Aquel “coche” de enésima mano que compraron entre toda la pandilla por diez mil pesetas y que en la primera salida los dejó metidos en un enorme bache... y allí se quedó pues costaba más sacarlo que lo que habían pagado por aquel trasto. Aquellos carnavales cuando se disfrazaron todos de bebés, y, el que menos, ya medía uno setenta y tantos, y encima se llevaron el primer premio... Hacía tiempo que no se reían de tan buena gana. La vida ahora, con más obligaciones, lógicamente tenían que tomarla más en serio.

De pronto, Ángel, por un momento dejó de reír y con gesto grave comentó: *-Mario, ¿te acuerdas del aquel episodio que nos ocurrió durante nuestra etapa de estudiantes en Madrid?*

Mario dejó de reír también. Aquel suceso se les quedó grabado para siempre. Eran demasiado jóvenes e inexpertos y jamás habían vivido una experiencia semejante.

Los pensamientos de ambos amigos volaron lejos de allí a la época de estudiantes cuando vivían en Madrid en un inhóspito piso, sin calefacción ni apenas comodidades, situado en un barrio alejado del centro. La única ventaja es que les habían pedido una cantidad mínima por el alquiler. Todo lo suplían con el potencial de ilusiones que llevaban y la esperanza de terminar su carrera y labrarse un porvenir.

De vez en cuando, algunos fines de semana, se reunían en su casa con algunos amigos, estudiante como ellos, para cenar y tomar alguna copa mientras charlaban de temas en común hasta que el sueño los rendía y cada cual se marchaba lleno de optimismo después de una agradable velada.

Una noche, pleno invierno en Madrid, en que como de costumbre se hallaban reunidos, olvidados del frío que hacía en aquella casa gracias al ambiente humano de calor que entre todos creaban, alguien propuso jugar a la güija, juego muy de moda en aquellos tiempos. Dicho y hecho. Sobre una mesa colocaron las consabidas letras de papel y el vaso y mientras cuatro de ellos hacían de mediums, un quinto iba tomando nota de lo que acontecía.

Comenzaron, pues, por formular al invocado espíritu las palabras de rigor: -“*Si hay alguien que desee comunicarse con nosotros, que nos dé una señal*”. La fórmula se repitió varias veces sin que al principio el espíritu les diese señal alguna, mientras los cuatro interlocutores continuaban con los dedos en contacto con el borde del vaso esperando una respuesta.

De pronto, éste comenzó a moverse muy despacio hacia la palabra SÍ. A las siguientes preguntas seguía respondiendo con un SÍ o un NO, según lo que se le hubiese preguntado. Después, sin formularle ya pregunta alguna, comenzó a moverse solo en dirección hacia las letras formulando las palabras: *habitación, pastillas, muerte*. Con insistencia, siguió repitiendo las mismas palabras: *habitación, pastillas, muerte*.

Intrigados, le preguntaron si había ocurrido algo desagradable en aquella habitación (cuarto que no usaban por dar al norte y ser el más frío de la casa). Y entonces el vaso comenzó a moverse vertiginosamente, sin apenas tocarlo, descontrolado, formando palabras que eran auténticos insultos dirigidos a los presentes. Los cinco amigos, impresionados ante aquella experiencia que estaban viviendo, decidieron dar por finalizada la sesión de güija y se dirigieron por última vez al espíritu dicién-

dole: *-Nos despedimos de ti .El vaso, rapidísimo en sus evoluciones, se dirigió a las letras formando la frase: -Yo ya lo he hecho. Vuelvo a mi mundo de terror hasta que mi alma descanse.*

Los tres estudiantes, bastante impresionados, después de comentar durante un buen rato con sus amigos lo acaecido aquella noche, se despidieron hasta una nueva reunión con la promesa formal de no celebrar ninguna otra sesión como aquella. Al quedarse solos Ángel y Mario, aún sobrecogidos, comenzaron a oír como unos lamentos que salían de la habitación señalada por el espíritu. Llenos de temor, se aproximaron hacia ella y al abrir la puerta de la misma notaron cómo una oleada de calor ardiente los envolvía de arriba abajo, mientras los gemidos iban en aumento hasta convertirse en auténticos alaridos de terror. Fue un fenómeno inexplicable que los dejó por unos momentos sin poder moverse. ¡Calor tórrido en aquella gélida habitación y aquellos gritos espeluznantes!

Cuando pudieron reaccionar, salieron del cuarto cerrando tras de sí la puerta y sacando en conclusión que allí habría ocurrido algo terrible en el pasado.

A la mañana siguiente, después de una noche de pesadillas en que apenas pudieron dormir ninguno de los dos, bajaron a la calle. Necesitaban que les diese el aire fresco de la mañana y olvidar aquella alucinante experiencia que habían vivido. Un juego, en apariencia inocente, sin sospechar las consecuencias que del mismo podrían sobrevenir después.

El paseo por los alrededores del barrio les sentó bien y, más animados, al regreso entraron en el bar situado en los bajos de su finca. Mientras pedían un café bien cargado, a uno de ellos se le ocurrió preguntarle al dueño del bar, hombre ya entrado en años, si conocía alguna historia o suceso acaecido en aquel piso donde ellos vivían. El buen hombre, extrañado de que no supiesen nada de lo ocurrido, exclamó:

-¡Cómo! ¿No conocéis la historia de esa casa maldita? Ahora comprendo cómo han conseguido alquilarla por fin

pues lleva años deshabitada. Nadie se atrevía a vivir en ella por los sucesos espeluznantes que ocurrían entre sus cuatro paredes. Apenas la habitaban unos días y enseguida la abandonaban despavoridos.

Resulta que allí vivía un matrimonio, al parecer no muy bien avenido, aunque se sabía que el marido, bastante mayor que la mujer, era una buena persona y estaba en posesión de una gran fortuna. En realidad era una víctima de su mujer, ambiciosa por demás y, según rumores, amante de un muchacho mucho más joven que ella. Ambos iban tras el dinero de su marido.

Este señor, que siempre había gozado de buena salud, empezó poco a poco, inexplicablemente, a debilitarse hasta el extremo de que ya ni salía de casa para nada. Hasta que llegó un día en que murió sin que nadie supiese la causa de su misteriosa enfermedad. La mujer, poco después, cerró la casa y desapareció, se dice que con su amante y el dinero del difunto, sin que hasta la fecha se haya averiguado su paradero. Pero por todo el barrio se corrió el rumor de que ella lo había ido envenenando poco a poco con unas pastillas. Y por eso, aquella alma, no hallando la paz, clamaba su venganza manifestándose por medio de esos fenómenos que ocurrían en la casa, sobre todo, en la habitación donde había sido asesinado... Pero, ¿qué os ocurre, muchachos?

Un silencio sepulcral se hizo entre los dos amigos. Por fin, Ángel, volviendo al presente, se decidió a romperlo.

-¡Qué recuerdos, Mario! ¡Aún se me pone la piel de gallina al pensar en aquel suceso!

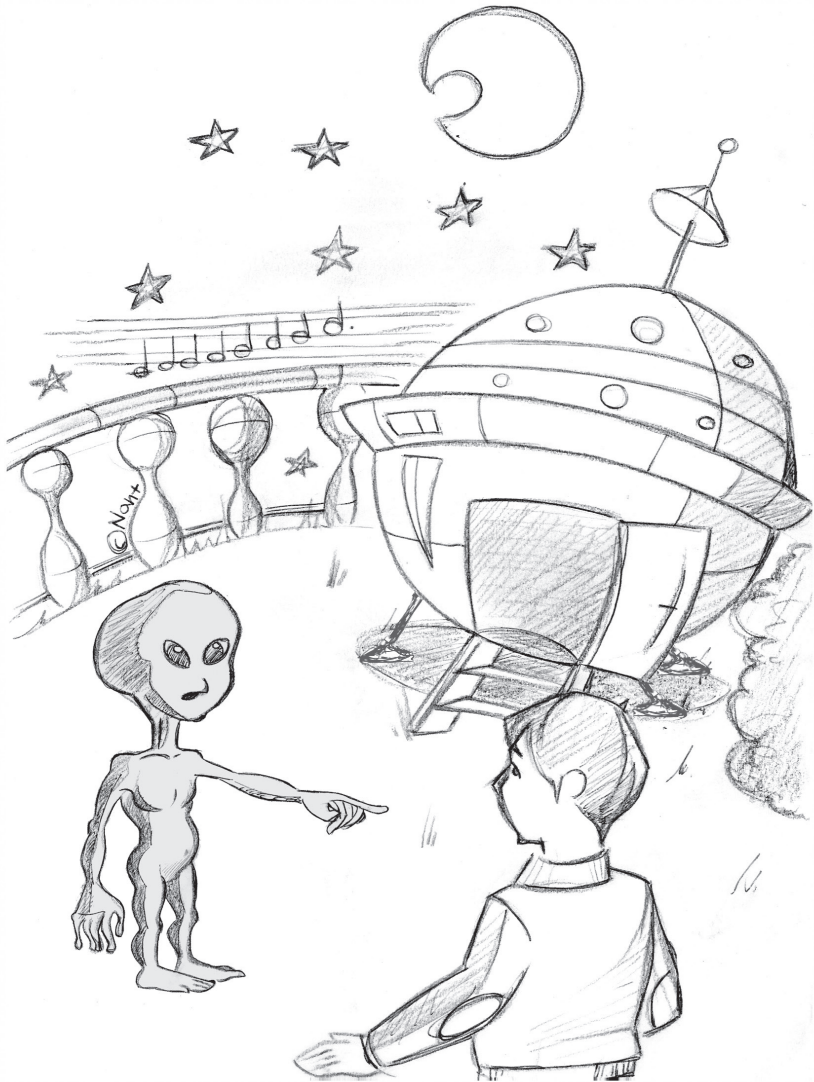
-Es cierto, Ángel. Fue un episodio en nuestra vida que no quisiera volver a experimentar. Bueno, charlando y charlando, se nos ha ido pasando el tiempo sin darnos cuenta. Ha

sido muy agradable estar esta tarde recordando nuestro pasado pero ahora hay que volver a la realidad del presente. Adiós, Ángel. Tenemos que repetir otra tarde como esta. Y con un amistoso abrazo se despidieron los dos amigos.

Un alegre griterío mezclado con risas contagiosas, le anunció a Ángel que sus hijos volvían con su madre del colegio.

-¡Hola, amor! ¿Te pasa algo? Te noto un poco triste.

Era la voz, con acento cálido, de su mujer. Desechó los antiguos recuerdos y dándole la bienvenida con un beso, se puso a jugar con sus hijos, pleno de felicidad.



Sobre el césped, una pequeña nave circular había aterrizado y de ella salió un ser de grandes ojos oblicuos y cuerpecillo endeble.

LA NAVE ESPACIAL

Jesús era un buen muchacho, formal y estudioso aunque algo retraído. Ese año terminaría el último curso de bachillerato en el Instituto de su pueblo, pero aún no tenía decidido qué carrera seguir. Por supuesto, alguna de letras, ya que era un espíritu soñador. A sus pocos años, apenas un adolescente, hijo único, vivía feliz con sus padres, matrimonio bastante acomodado, en el chalet que éstos se habían mandado construir, rodeado por un alegre jardín, en las afueras de ese pueblo en que nacieran él y toda su familia. Lugar apacible, de buenos vecinos y gente corriente, donde casi nunca ocurría nada pues todos llevaban una existencia tranquila y rutinaria ya que allí no tenían grandes distracciones, aparte los paseos por los maravillosos paisajes de montaña de los alrededores y la extensa campiña que formaba el valle. Era como un pequeño paraíso lejos de la ruidosa ciudad.

Ya desde niño, Jesús se sentía atraído por los temas que trataban de seres extraterrestres, naves espaciales, visitas a la tierra de platillos volantes, contactos de alienígenas con los humanos... Con avidez leía cualquier noticia que publicasen en revistas o periódicos acerca de algún avistamiento de objetos voladores no identificados, supuestas fotos hechas a naves espaciales... Su pequeño mundo giraba alrededor de los ovnis hasta tal extremo que con el tiempo este hobby se había llegado a convertir en una obsesión.

Al salir de clase, en vez de quedar con los demás compañeros y relacionarse con ellos, prefería marcharse directamente a casa y, una vez acabadas las tareas, ya que era un chico serio y responsable que incluso obtenía buenas calificaciones, encendía el televisor y, como siempre, buscaba algún programa que tratase de seres extraterrestres, hombrecillos verdes y toda esa parafernalia montada en torno a posible vida fuera de nuestro planeta. Enfrascado en cualquier programa de esos, perdía la noción del

tiempo y le daban las tantas de la noche metido de lleno en el tema o película que estuviese viendo en aquella ocasión. A veces, ya rendido, se quedaba dormido y, al despertar, se iba a la cama soñando con ser el protagonista de la última aventura que acababa de ver.

Sus padres, preocupados por esta afición obsesiva del muchacho, trataban de que se buscara amigos, fuese a un gimnasio, estuviese en contacto con la naturaleza o practicase algún deporte. Todo en vano. Él había cifrado sus intereses en torno a aquellas historias de ciencia-ficción y cualquier otra cosa ajena a ellas le era totalmente indiferente.

Una noche, acabadas las tareas que los profesores les habían mandado, ya que al día siguiente tenían un examen parcial, encendió el televisor y haciendo zapping vio que en uno de los canales estaban poniendo una película que le encantaba. En realidad, ya la había visto muchas veces pero no le importaría verla una vez más: “Encuentros en la tercera fase”.

Se arrellanó cómodamente en su sillón dispuesto a pasar una velada entretenida siguiendo las investigaciones y peripecias del protagonista, Richard Dreifus, en busca de ovnis y tratando de contactar con ellos. ¡Qué emocionante esa escena cuando la película llegaba a su clímax y aparecía la nave espacial emitiendo aquellas cinco notas, sol, do, mi, sol, do... esparcidas por el aire! ¡Con qué intensidad vivía aquellos momentos culminantes previos al contacto del protagonista con el habitante de la nave!

Cuando más entusiasmado estaba, metido de lleno en la escena, creyó escuchar cómo desde el jardín sonaban las mismas notas, sol, do, mi, sol do, que emitía la nave de la película. Extrañado, salió de su habitación, abrió la puerta de su casa y al asomarse al jardín quedó petrificado.

Sobre el cuidado césped, una pequeña nave circular había aterrizado, apoyada en sus tres patas, emitiendo las míticas notas previas al contacto con los seres de la tierra. Seguía paralizado, sin atreverse a mover un solo músculo de su cuerpo, cuando con

asombro observó que de aquella nave, posiblemente procedente de alguna otra nave nodriza, se abría lentamente una pequeña puerta apareciendo destacado en ella un ser de ojos grandes y oblicuos y cuerpecillo endeble. Seguía aterrorizado pero, poco a poco, sin saber cómo, se fue serenando y su miedo desapareció por completo cuando oyó la voz, algo metálica, de aquel extraterrestre que se dirigía a él con unas palabras pronunciadas en un lenguaje extraño pero que, sin hallar una explicación, comprendía perfectamente:

-“Vengo de muy lejos, de otros mundos que vosotros los humanos no conocéis. Más allá de las estrellas y de vuestro sistema solar. Pertenezco a una civilización infinitamente más avanzada que la vuestra donde no conocemos los odios ni las guerras y todos sus habitantes, dentro de un orden cósmico, viven en paz y armonía.

He llegado a la tierra en son de paz y tú ha sido el elegido para transmitir a los insensatos humanos el mensaje que traigo en bien de vuestro planeta. Has de saber que los hombres lo están poniendo en grave peligro con sus odios y guerras fratricidas. Con los ataques a la naturaleza. Los vertidos que envenenan las aguas de los ríos y mares y matan a sus criaturas los peces. Con las talas indiscriminadas de árboles. Cruelles cacerías, a veces utilizando trampas traicioneras, que con el tiempo harán desaparecer a muchas especies animales extinguiéndose éstas para siempre. Contaminando a la atmósfera con gases venenosos procedentes de fábricas. Quemando los bosques y, como consecuencia, toda la fauna que en ellos habita. Y, aún insatisfechos, lanzando terribles bombas que arrasan ciudades enteras y con ellas a sus indefensos habitantes.

El Creador os hizo a su imagen y semejanza y vosotros os habéis convertido en una civilización cruel y destructiva. Vuestro planeta, de seguir los hombres maltratándolo así, no podrá sobrevivir, como sumo, más que a otro milenio, como os viene

anunciando ese humano sabio llamado Stephen Hawking y al que no queréis escuchar.

Aún estáis a tiempo, terrícolas. Cuidad vuestro planeta o dentro de poco desaparecerá y con él todo rastro de la civilización humana”.

Acabado el mensaje, la portezuela se volvió a cerrar ocultando al pequeño ser tras ella. La nave emitió de nuevo esas notas misteriosas, sol, do, mi, sol do... y elevándose en el aire se perdió en el espacio.

¡Toc, toc! Jesús se despertó sobresaltado al oír los golpes dados en la puerta de su cuarto. Aún soñoliento, se levantó del sillón en que, por lo visto, había pasado toda la noche ya que, como le había ocurrido en otras ocasiones, se había quedado dormido viendo la película. Abrió la puerta y la figura de su madre apareció tras ella con gesto contrariado. -*¡Otra vez te has quedado dormido viendo uno de esos programas o películas sobre ovnis! ¡Qué obsesión con esos temas! ¡Date prisa o llegarás tarde y hoy tienes un examen!*

Jesús, una vez se hubo aseado y tomado el desayuno, cogió la mochila y salió de casa olvidando por completo la incómoda noche pasada en el sillón y la película que no acabó de ver a causa del profundo sueño en que se había sumido.

Al salir al jardín, miró despreocupado en dirección al lugar donde el ovni de su sueño había aterrizado... ¡Y allí, en el mismo sitio, vio claramente delimitado un círculo en donde el cuidado césped se había quemado por completo y, perfectamente señaladas, las tres patas sobre las que la pequeña nave se había apoyado en su aterrizaje!

Dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas. ¿Quién creería su historia cuando tratase de contarla? Y, peor aún, y ésta era la causa de su llanto: ¿Qué iba a ser del planeta Tierra?



En aquel lugar, pleno de belleza y armonía, nació la Flor.

LA FLOR

Era una alegre mañana de mayo, apenas amanecida, alumbrando aquel jardín, hermoso reino vegetal donde los pájaros trinaban volando en libertad, las libélulas agitaban sus alas mecidas por el aire y cientos, miles de flores, adornaban con sus bellos colores cuidados parterres a lo largo de los linderos. Fuentes cantarinas alegraban el ambiente lanzando su sinfonía inacabada compuesta por diminutas gotas semejantes a cuentas de cristal. Mariposas de múltiples colores, flores aéreas de un día, revoloteaban pintando el aire con sus irisadas alas. Las ardillas juguetonas saltaban de árbol en árbol haciendo graciosas piruetas mientras palomas buchonas, refugiadas en lo alto de las palmeras, coreaban al unísono su monocorde zureo.

Y en aquel lugar, pleno de belleza y armonía, nació la Flor. Los rayos de un tibio sol acariciaron sus pétalos, aún cerrados, y éstos, al ver la luz del día, con timidez se abrieron lentamente a la vida que la madre Naturaleza acababa de ofrendarle. Y, poco a poco, una hermosa corola, airosamente desplegada, lució resaltando entre las demás flores en medio del vergel. Un corpiño de sépalos verdosos ajustaba su talle de libélula y el botón dorado de su polen era la atracción de todos los insectos que libaban golosos la miel ambarina que de él destilaba.

El rocío, arrobado ante su hermosura, retrasó su partida hacia las nubes para adornar galante con perlas de agua la seda irisada de sus pétalos. Era como una mariposa de colores que con múltiples alas deseara volar. Y pronto, se convirtió en la reina de aquel parque, en la preferida de todos los pájaros que alegres revoloteaban a su alrededor para dedicarle sus más bellos trinos, mientras las mariposas se posaban suavemente sobre su corola como si quisieran besar cada una de sus hojas.

Rosas matizadas, delicados jazmines, alas de leves pensamientos, perfumados claveles y níveas margaritas, admiraban la

belleza de aquella Flor, querida y mimada por todos los habitantes de aquel idílico jardín. Y, ante esas muestras de cariño, ella se sentía la más dichosa de todas sus criaturas.

Y así fue pasando el tiempo hasta que, acabado su ciclo, la primavera se marchó para florecer a otras tierras dando paso al verano que, cálido, ya se iba acercando. Y en el parque, idílico paraíso, siguió trascurriendo la vida placentera y feliz. Pero todo se acaba y, poco a poco, los días dejaron de ser tan luminosos pues el sol, cansado ya de enviar sus rayos durante el largo estío, se marchaba más temprano cada atardecer dejando el parque en penumbras y entristecidos a todos sus habitantes.

Y llegó el otoño y con él, un fuerte viento, huésped indeseado de aquel lugar y precursor de las futuras lluvias. Aquel viento, Eolo, fue arrasando sin piedad cuanto encontraba a su paso, destrozando la hermosa vegetación que el hada Primavera había hecho crecer en él. El suelo se cubrió de una extensa alfombra formada por hojas amarillas y reseca que al pisarlas crujían lastimosamente como si fuesen quejidos de sus almas. Los cuidados parterres ya no adornaban como antes los linderos, que ahora estaban lacios y casi vacíos. Hasta los pájaros dejaron de entonar sus trinos y tristes emigraron hacia tierras más cálidas dejando el vergel en silencio. Tampoco revoloteaban las mil mariposas y libélulas por los aires. Incluso los poderosos árboles se quedaron sin hojas, avergonzados de su desnudez. Ellos que, como padres amorosos, habían cobijado a tantas criaturas, ahora se habían quedado solitarios al no poderlas proteger pues sus ramas estaban reseca. Todo se había convertido en un paraje triste y melancólico.

La Flor, apenas sin fuerzas, aún seguía sosteniéndose en su tallo y la corola, aunque mustia, mantenía los colores que antaño la hicieran tan hermosa. ¡Eolo aún no había descubierto su existencia!

Pero un atardecer, fatalmente, la vislumbró a lo lejos y con un soplo traicionero la arrancó de golpe del tallo en que naciera.

Era como una mariposa sin rumbo con alas destrozadas que, apenas ya sin vida, por el suelo rodó.

Al llegar el crepúsculo, un alma solitaria que paseaba por el parque, un poeta soñador que recitaba sus versos a la luz de la luna, encontró a la Flor, casi exangüe, en medio del camino y amoroso se inclinó a recogerla mientras con cariño le iba susurrando entre sus pétalos las más tiernas rimas.

Y escuchando los versos del poeta, que acompañó los últimos instantes de su vida, sobre su pecho, dulcemente... expiró la Flor.



Comencé a gritar, lleno de terror, al darme cuenta de que allí había un grupo de personas, los asesinos de aquel hombre.

LA PESADILLA

Me desperté sobresaltado sin saber dónde me encontraba y con la sensación de haber vivido una pesadilla en la realidad. Todo me daba vueltas. La habitación parecía girar a mi alrededor y el techo amenazaba con desplomarse sobre mí. ¿Qué me estaba pasando? ¿De qué abismo infernal había retornado que no recordaba apenas nada? Me sentía febril y mi cuerpo sudoroso despedía un gran calor propio del estado en que me hallaba.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que perdí la conciencia y quedé sumido en aquel mundo de tinieblas para regresar después a aquella confusa realidad que casi no reconocía? ¿Días? ¿Horas? No recordaba nada. Tan sólo la horrible pesadilla, casi real, martilleando en mi cerebro, de la que había despertado y de la cual todavía asustado ansiaba huir. Un doloroso sueño vivido en aquella noche eterna en que me encontraba. Sí, noche eterna porque yo era ciego. Y mi mundo era una inmensa tiniebla en lo infinito.

Mi ceguera era relativamente reciente, consecuencia de aquel desgraciado accidente de coche en el que mi esposa había perdido la vida y yo, sin desear vivir ya pues me sentía culpable de su muerte, seguía vegetando en un mundo de sombras y soledad añorando los años felices que viví junto a aquella mujer, mi único amor, con la que había deseado compartir toda la vida ante un futuro de esperanza y proyectos en común llenos de ilusión. Pero todo aquel castillo de sueños se vino abajo con la mala pasada que el destino me había jugado. Las cartas de triunfo que en mis manos tenía se trocaron en cartas de dolor.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano traté de seguir adelante e, incluso, me había cambiado de casa mudándome a aquel barrio en las afueras de Londres pues la que compartí con mi esposa se me venía encima poblada de recuerdos. Aún no conocía bien

aquella zona y las manzanas de casas se me antojaban todas iguales pero, poco a poco, me iba haciendo a mi nuevo entorno. Los invidentes tenemos un sexto sentido que nos compensa la falta de visión.

Todavía seguía confuso en mi despertar cuando de repente, como un flash, me vino a la memoria la noche en que algo desorientado a consecuencia de mi reciente ceguera, regresaba a casa. Los recuerdos se borraban de mi mente y volvían de nuevo a la ¿mañana? —en realidad, no sabía si era de día o de noche— en que me desperté después de aquella terrible pesadilla.

Soñé que, después de vagar y vagar por las calles de Londres tratando de aturdirme, volvía a casa cansado y deseando meterme en la cama pues no me encontraba bien. Hacía una noche glacial y la niebla, el célebre smog londinense, caía como un manto pegajoso. Tampoco se oía pasar un alma por las calles, desiertas a esas horas. Al llegar al portal de mi casa, subí el pequeño tramo de escaleras que me separaba del piso. Hice ademán de introducir la llave en la cerradura cuando, con sorpresa, noté que la puerta cedía, estaba entreabierta sin yo hallar una explicación a tal hecho.

Penetré en el vestíbulo y al tropezar con algo que había sobre el suelo, me caí, descubriendo horrorizado que aquello era el cuerpo de una persona. De alguien que estaba muerto pues al tocarlo noté en mis manos el tacto pegajoso de la sangre que de él había brotado.

Comencé a gritar lleno de terror, más aún cuando me di cuenta de que allí había también un grupo de personas, sin duda, los asesinos de aquel hombre. Al momento me apuntaron con una pistola, dispuestos a matarme temiendo que yo los descubriese.

Desesperadamente les gritaba: -¡No me matéis! ¡Soy ciego! ¡No puedo ver nada!

Noté que me acercaban a los ojos algo que desprendía calor, debía de ser una potente linterna, para comprobar la veracidad de mi estado. No convencidos aún de mi desgracia, me permitieron

al menos incorporarme del suelo, me quitaron el abrigo para comprobar por la documentación mi identidad, haciéndome después andar a trompicones por aquella casa que, al punto reconocí no era la mía. Con mi desorientación, me había equivocado de portal metiéndome, para mi desdicha, en aquel antro rodeado de asesinos.

No sé cuanto tiempo me tuvieron así, tratando de confirmar mi falta de visión, empujándome como una marioneta de un lado a otro y poniéndome una traba tras otra hasta que, finalmente ya convencidos de mi ceguera, me dejaron marchar sin hacerme ningún daño.

Fuera de mí, temiendo que aquellos malvados se arrepintieran y me pegaran un tiro por la espalda, bajé los escalones casi de dos en dos y dando tumbos, helado de frío al salir a la calle por no llevar mi abrigo que con el pánico había dejado olvidado en aquel lugar de horror. Como pude y en ese estado, llegué a mi casa... Y ya no recordaba más de aquella espantosa pesadilla hasta el momento en que me desperté enfermo, cubierto de sudor y sin saber cuánto tiempo había transcurrido.

Los sueños son a veces tan reales que parecen haberse vivido de verdad. Afortunadamente, todo había sido eso: una espantosa pesadilla consecuencia de la alta fiebre que había tenido durante... no sé cuánto tiempo pues perdí la noción del tiempo y casi del espacio.

Más animado, comprobé que era de día pues se oían los coches circular y, como un rumor sordo, los transeúntes que diligentes se dirigían a sus quehaceres. A tientas, encendí la radio que tenía encima de la mesita de noche para saber qué día era y ponerme al corriente de las noticias de la mañana, cuando horrorizado escuché:

“Anoche, la policía encontró el cadáver de un hombre en un piso de las afueras de Londres. Se desconocen por

completo los motivos que el asesino tuvo para cometer tan execrable crimen. ¿Venganza? ¿Ajuste de cuentas?

Por suerte, la policía encontró un abrigo abandonado en el lugar del crimen. Se sospecha que pertenece al autor del delito y gracias a este afortunado hallazgo anda tras la pista del asesino que, tarde o temprano, caerá en manos de la justicia”.

Sí, soy ciego. Y mi noche aún se ha hecho más oscura encerrado en esta prisión, en que me hallo hace años, sin poder demostrar mi inocencia.

¡Aquella pesadilla... fue una realidad!



¡SÍ, ES AZUL!

Desde muy pequeña estuvo dotada de una gran fantasía e imaginación. Su mente soñadora volaba al mundo onírico de los sueños forjados por ella misma y vividos en primera persona cual heroína de cuentos de hadas y princesas. Por supuesto, siempre era la feliz protagonista de los mismos, mientras a su alrededor giraban los míticos personajes que su mente creaba. Duendecillos del bosque. Enanitos que habitaban setas de colores. Hadas madrinas que concedían todos los deseos a las niñas buenas como ella... Fantásticos personajes a los que había dado vida y con los cuales hablaba como si fuesen reales.

Su pequeño mundo era azul como su color preferido desde que aprendiera a distinguir los colores del arcoíris. Todo lo vivía en azul: “*Cuéntame un cuento azul. Hoy he tenido un sueño azul. Mi angelito es de color azul*”. Incluso a su muñeca más querida le había puesto de nombre Celeste. Pizpireta muñeca de trapo que con primor le hizo su madre y que se había convertido en la preferida de todas, pasando aun por encima de la Gisela, más bonita que la Mariquita Pérez aunque no tan famosa. La muñequita de trapo era pequeña, con grandes ojos, azules, naturalmente, y unas trenzas rubias de lana atadas con lazos de seda. Con ella mantenía conversaciones como si se tratase de otra niña. Si estaba contenta, la muñeca también lo estaba. Si reía, Celeste reía con ella. Y si, por cualquier motivo, ese día no era muy feliz, la muñeca parecía entristecerse también.

Con ella jugaba todas las tardes en el pequeño jardín de su casa. Allí se sentía feliz cual Alicia en el País de las Maravillas. Para la niña era un jardín como de cuentos, todo sembrado de lindas flores de variados colores. Malvalocas rojas de terciopelo, rosas fucsia, otras, pálidas, casi transparentes que parecían alas de mariposas. Olorosos dondiegos esparcían su perfume en las noches de verano. Airosas, dos pequeñas palmeras crecían en los

laterales. Un robusto árbol llamado ricino, cuajado de vistosos frutos rojos, era como el tótem protector del jardín. Frente al ricino también había otro arbolito, lacio y algo acomplejado, al que llamaban cariñosamente “el gandul” por tener sus ramas alicaídas. Margaritas, geranios, lirios silvestres de vivísimo color...

Pero en el pequeño jardín también había pobladores de la fauna animal. Por sus parterres se paseaba una tortuga, llamada Cleopatra, que siempre estaba muy pensativa. Tres o cuatro felinos, entre ellos, Teseo, un gato recogido de la calle. Una gata muy vieja pero que cada dos por tres los sorprendía con una nueva prole. Otro gato enorme, con rayas atigradas en tonos grises, al que llamaban, lógicamente, el Tigre, era el señor del jardín... en ausencia de Tabú, un galgo con aires de líder de toda aquella fauna. Amén de mariposas, alguna luciérnaga, pájaros en los árboles... un zoológico en miniatura.

Su infancia, pues, en medio de ese entorno, era feliz y placentera como debiera ser la de todos los niños del mundo sin distinción de razas ni colores.

Una tarde de primavera, bajo un sol esplendente que con sus rayos llenaba de vida y alegría cuanto acariciaba, la pequeña, apenas cuatro años ingenuos, se hallaba, como solía hacer, jugando en el jardín, con su vestido de organdí azul y un gran lazo del mismo color sujetando sus cabellos rubios como el oro, cuando “un mayor” de la casa, acercándose cariñoso le propuso un juego: - *“Te voy a subir alto, muy alto, y vas a ver a Dios”*. La niña acogió entusiasmada la idea. Debía ser un juego muy divertido. Y dicho y hecho. El “mayor” la alzó del suelo, levantándola todo lo alto que pudo con sus brazos, y la estuvo sosteniendo así en vilo durante un cierto tiempo. La pequeña, con ojos ingenuos miraba mientras hacia cielo y en su imaginación creyó ver, o vio efectivamente —la mente de los niños es infinitamente más rica en imaginación que la de los adultos—, cómo en medio de aquel cielo tan azul, sin una sola nube que lo empañara, se abría un gran

agujero y por él, rodeado de rayos irisados en tonos azules, unos pálidos, otros más intensos, aparecía el mismo Dios, grandioso en su Majestad. Los rayos giraban en torno a Él cambiando de intensidad en su azul al moverse formando una aureola que enmarcaba la divina Imagen y la hacía resaltar aún más. Era un espectáculo grandioso contemplar, en medio de infinitos rayos luminosos, al Ser Supremo reinando en el azul.

La niña, maravillada, no apartaba sus ojos de aquella visión que se le estaba ofreciendo, fuese realidad o producto de su fantasía. En esos instantes mágicos, estaba plenamente convencida de que lo que sus ojos contemplaban era de verdad.

La visión se desvaneció al ser bajada la pequeña hasta tocar el suelo, aún extasiada por aquella aparición celestial. El “mayor” entonces le preguntó, entre divertido y cariñoso: -“¿Has visto a Dios?”. Y la niña, convencida y rotunda, respondió: -“¡¡Sí, es azul!!”.

Aquella niña, vestida de azul como la muñeca de la canción infantil, hoy es una anciana que guarda en su corazón, como un tesoro, aquella hermosa visión que una tarde de primavera tuvo cuando descubrió que Dios también era azul como su color favorito. Y en su soledad, rodeada de recuerdos, sabe que quizá otro día de primavera será el mismo Dios quien la alzaré del suelo y, elevándola hasta el infinito, la llevará con Él, para siempre, a ese Mundo Azul de sus sueños.

(Basado en una anécdota real)



Era un 31 de diciembre, último día de aquel año, fatídico para él.

EL TÚNEL

Era un 31 de diciembre, último día de aquel año, fatídico para él. Durante el transcurso del mismo se habían ido acumulando una serie de acontecimientos, desdichados todos, que habían agotado las pocas fuerzas que le quedaban para afrontar un futuro del todo incierto y lleno de sombras, nublando un horizonte nada esperanzador.

Faltaba poco para que dieran las doce campanadas anunciando un nuevo año y ante aquella copa de champán que sostenía en su mano, de doradas chispas burbujeantes, los recuerdos martilleaban su mente llenándolo de una profunda tristeza. Había sido muy feliz, sí, pero el destino veleidoso quiso jugarle una mala pasada cambiando sus cartas de triunfo por cartas marcadas por el fracaso. Un fracaso, a todas luces, injusto.

Bien situado, gracias a sus conocimientos y a una excelente preparación, ocupaba un elevado puesto en la Empresa donde hacía años trabajaba como alto ejecutivo, de éxito en éxito. Considerado por todos, jefes y subalternos, tenía amigos por doquier que buscaban su compañía y, aduladores, trataban de conseguir siempre de él algún favor gracias a su influencia. Favor que si estaba en su mano, siempre procuraba hacer a quien se lo había solicitado.

No mal parecido, también tenía una gran aceptación entre las mujeres, aunque hacía tiempo que había entregado su amor a Áurea, hermosa muchacha de la que se había enamorado perdidamente desde el momento en que le fue presentada por su propio novio, un compañero suyo de la Empresa. El dios Cupido a veces lanza flechas sin mirar y en aquella ocasión, una de ellas fue a dar en el corazón de la joven que, dándose cuenta a tiempo de que con ese novio no iba a ser feliz, también se sintió atraída por aquel chico que acababa de conocer. El travieso amorcillo dio esta vez en la diana y el tiempo hizo todo lo demás. Se convirtieron en

la pareja de moda, imprescindibles en cualquier fiesta o reunión. Jóvenes, felices y enamorados, la vida les sonreía.

No imaginaba que el destino le tenía preparada una mala jugada, en esa etapa de su vida en que se sentía tan feliz que creía tener el mundo en sus manos. Y aquella jugada en forma de noticia sensacionalista, estalló un día como una bomba:

-“¡¡Carlos ha cometido un desfalco en la Empresa de cientos de millones!!”

No podía creerlo. ¡Aquello era demencial! Él, que lo tenía todo, ¿qué necesidad tenía de robar y echar por la borda su porvenir y su buen nombre? Debía tratarse de una confusión, un equívoco que aclararía inmediatamente por su bien y el amor que sentía por Áurea. ¡Áurea! ¿Qué pensaría ella de todo ese turbio asunto? Le iba a estallar la cabeza. ¿Por qué a él, si era completamente inocente? Aquello era una pesadilla de la que quería despertar pero, por desgracia, todo era una cruel realidad.

Trató de aclarar y justificar los hechos ante sus jefes, jurando por su honor y proclamando ante todos su inocencia... Pero todo fue inútil, nadie lo creyó. Despedido de inmediato, fue expulsado de aquella Empresa a la que había dedicado tantos años de trabajo y buen hacer. Gracias a su conducta anterior y servicios prestados, y en parte por evitar un escándalo que pudiera perjudicar a la Organización, se libró de ir a la cárcel pero tuvo que pasar por la humillación y el desprecio de todos sus compañeros, antiguos aduladores, que ahora hasta le negaban el saludo cuando se cruzaban con él por la calle.

En cuanto a Áurea, la mujer que lo había amado locamente, no pudo soportar aquella vergüenza y también lo abandonó. Aquel último golpe fue lo que le causó mayor pesar. Era lo que menos podía esperar de ella. ¿Dónde quedaron sus promesas de amor? ¿Dónde aquellos sueños forjados de un futuro feliz? ¡Falso! ¡Todo falso, como aquella copa de champán que, engañosa, entre sus burbujas contenía una dosis letal de veneno! Ese veneno

que libado como un dulce licor acabaría con su inútil vida, ya sin sentido para él.

Quiso despedirse de Áurea y con anterioridad la había llamado para darle su último adiós pero, al no hallarse en casa, le dejó un mensaje en el contestador automático y dejó descolgado el teléfono. Ya no esperaba ninguna llamada, no tenía a nadie, ni familia, ni amigos que lo echasen de menos, ni, por supuesto, nadie le iba a felicitar el nuevo año. Acercó a su labios la copa mortal y sin vacilar la apuró de un solo trago.

Poco a poco, fue notando cómo le invadía una intensa laxitud, se le nublaba la vista y, finalmente, perdía el conocimiento mientras caía en un agujero oscuro, una especie de túnel profundo, sin final, el cual iba recorriendo cual si estuviera flotando, sin tocar el suelo con los pies. No sentía su cuerpo, sin embargo escuchaba unas voces como de ultratumba que repetían: -“¡¡Se nos va!! ¡¡Se nos va!!”

De pronto, notó que se elevaba cada vez más, sin sentir dolor ni molestia alguna, sólo percibía una gran paz interior, mientras atravesaba aquel túnel tenebroso. A continuación, con sorpresa, descubrió que a ambos lados de su etéreo cuerpo le acompañaban dos seres místicos: uno, negro y siniestro, era el ángel de la muerte, y el otro, resplandeciente, era el ángel de la vida.

Siempre acompañado de esos dos espíritus, siguió su recorrido cuando, de repente, vio cómo, saliendo a su encuentro, aparecían sus familiares y amigos, ya difuntos, girando a su alrededor como tristes fantasmas del pasado. Sus queridos padres, a los que había perdido hacía ya tanto tiempo. Aquel único hermano que murió prematuramente en un accidente de coche. Algunos amigos, mayores que él, y que, por una causa u otra, hacía tiempo que dejaron de existir. Almas errantes que parecían querer llevarse con ellos a su mundo de sombras mientras le miraban con sus cuencas vacías.

Después, como si fuese una película, pasó por delante de

sus ojos toda su vida, una sucesión de filminas o flashback con los momentos más importantes que había vivido. Su infancia feliz. Su adolescencia y un primer amor. Su juventud, plena de proyectos e ilusiones... Todas esas escenas las estaba presenciando como si no fuese el protagonista de aquella experiencia extrasensorial en aquel viaje alucinante hacia el más allá.

Terminada aquella etapa de la visión de su vida pasada, continuó su recorrido por el túnel, siempre reinando en él la oscuridad más absoluta, cuando, al fondo, una intensa luz sobrenatural le deslumbró por completo. Era un resplandor vivísimo, una luz brillante, cegadora, que lo atraía como un imán. Sintió que lo invadía una felicidad inmensa mientras, lleno de paz, avanzaba hacia aquel lugar luminoso, salvación para su espíritu atormentado. Después de haber experimentado aquel recorrido por el tortuoso túnel, al fin había encontrado la Luz.

Pero cuando estaba a punto de alcanzarla y sentirse envuelto en ella, libre y dispuesto a gozar de un mundo que se le antojaba el paraíso celestial, de repente apareció ante él un muro, obstáculo infranqueable que le impedía seguir adelante en su empeño por alcanzar la Luz. Y en esos instantes, los dos espíritus, el ángel de la muerte y el ángel de la vida, tiraban de él queriendo llevárselo cada cual consigo. Uno, al profundo abismo de la muerte. Otro, pretendiendo que regresase al mundo de los vivos.

Durante este forcejeo entre los dos espíritus, volvió a escuchar aquellas voces de ultratumba, cada vez más cercanas.

-¡¡Lo tenemos!! ¡¡Lo tenemos!! ¡¡Ya lo hemos recuperado!!

Como despertando de un mal sueño, oyó que alguien a su lado repetía esas palabras y entonces se dio cuenta de que había vuelto a la vida. El sonido estridente de una ambulancia le indicó que se hallaba camino de una clínica mientras los dos enfermeros que le estaban practicando los primeros auxilios le habían ganado la batalla a la muerte. Y con todas

sus fuerzas, deseó vivir. El destino aún podía depararle cosas buenas.

En una blanca cama del hospital donde lo llevaron, recuperado el conocimiento por completo y convaleciente de aquel intento de suicidio que la desesperación le había empujado a cometer, medio adormecido, oyó unos discretos golpes en la puerta de su habitación y al abrir los ojos vio que en el dintel, dedicándole una maravillosa sonrisa, apareció Áurea.

Aproximándose hacia él le besó con amor mientras sus ojos le miraban con ternura y sus manos le acariciaban el rostro.

-Gracias a Dios que llegué a tiempo de salvarte. Cuando volví a casa y escuché tu mensaje te llamé repetidamente pero tu teléfono estaba descolgado. Así que inmediatamente tomé un taxi y, mientras me dirigía a tu casa, avisé a urgencias temiendo no llegar a tiempo de salvarte de esa locura que habías cometido. El conserje nos abrió la puerta de tu casa y al entrar te encontramos desplomado en el suelo casi sin vida. Lo demás, ya lo sabes. Por cierto, cariño, tengo que darte una buena noticia. Ya se ha descubierto al verdadero culpable del desfalco. Ha sido Luis, mi antiguo novio, que por venganza y envidiando nuestra felicidad, te acusó ante los jefes del robo que él mismo había cometido. Ése sí que no se librará de ir a la cárcel y tú, por decisión unánime, volverás a ocupar tu antiguo puesto y se te rehabilitará ante todo el personal de la Empresa. ¿No es maravilloso?

Carlos, aún me queda una cosa que quisiera pedirte: ¿Podrás perdonarme, amor?

Un largo y apasionado beso fue la señal de perdón y el preludio de una eterna felicidad.



El joven juglar se hallaba perdidamente enamorado de la condesa Leonor.

EL JUGLAR

El imponente castillo medieval se alzaba en lo más alto sobre el monte que dominaba aquella villa. Los antiguos señores feudales, dueños de vidas y haciendas, solían elegir esos lugares protegidos y a salvo de posibles ataques de sus enemigos. Sus recios muros de piedra tenían un espesor de más de dos metros de ancho y toda la fortaleza estaba rodeada de una elevada muralla transitada por un adarve o camino en su parte superior. De trecho en trecho, intercalados, unos torreones, auténticos gigantes pétreos que defendían el castillo, estaban coronados por almenas donde se resguardaban sus defensores en caso de ataque. Un majestuoso torreón destacándose erguido en el cielo, el más alto de todos ya que medía más de cuarenta metros, llamado la Torre del Homenaje, encerraba las estancias donde residían el señor y su familia. Finalmente, daba entrada al castillo un espacioso patio de Armas rodeado por un foso cubierto de agua, impidiendo así la aproximación de cualquier enemigo. Era un magnífico castillo del medioevo, orgullo de todos los señores que lo habían habitado, descendientes de una ilustre estirpe de nobles caballeros.

El último señor feudal hacía mucho tiempo que había fallecido y desde entonces era su única hija, la condesa Leonor, la dueña y señora de aquella fortaleza. Leonor, pese a sus años, se dice que pasaba de... -en realidad, nadie supo nunca su edad tenía la apariencia de una mujer muy joven dotada de una belleza extraordinaria que, incluso con el paso del tiempo, parecía ir acrecentándose cada vez más. Esbelta, de piel blanquísima, con unos ojos negros de mirada ardiente y un undoso cabello endrino que gustaba adornar con aderezos de perlas realzando más, si cabía, su hermosura que a todos se le antojaba eterna así como su juventud.

Era adorada por todos los caballeros que acudían a sus fiestas y saraos quienes rivalizaban por solicitar su pañuelo como

talismán en las justas y torneos que se celebraban en el patio de Armas del castillo, en los cuales competían con los contendientes de turno mostrando orgullosos ante la dama el pañuelo prendido en la lanza si conseguían el triunfo. Por el contrario, si eran perdedores, avergonzados, no se atrevían a ponerse ante su presencia humillados por la derrota.

La condesa Leonor no hacía caso a ninguno de los galanteadores que pavoneándose a su alrededor la requerían de amores. Agueridos caballeros, nobles señores, inspirados bardos, fervientes enamorados..., a todos, uno a uno, los iba desdeñando. Su amor era tan inalcanzable como las estrellas del cielo.

Nadie se explicaba el motivo de sus desdenes ante los requerimientos de los frustrados pretendientes, como tampoco se podían explicar que todas las noches, en cuanto daba el toque de ánimas, se retirase misteriosamente prohibiendo ser seguida ni siquiera por sus damas de compañía. Aquella costumbre en ella ya se había hecho ley y nadie osaba desobedecer sus órdenes ni preguntarle los motivos de su extraña desaparición.

Entre aquella corte de caballeros aspirantes a su amor había un joven juglar que todas las veladas cantaba con voz armoniosa, acompañado del laúd, para amenizar las fiestas que a menudo se celebraban en el castillo. El juglar, muchacho tímido y soñador, apenas se atrevía a levantar la vista ante aquella beldad de la que se hallaba perdidamente enamorado. Tan sólo la miraba a hurtadillas cuando ella, sin siquiera advertir su presencia, con frivolidad coqueteaba con el galán de turno para, al final, desdeñarlo como solía hacer con todos. ¡Cómo sufría el desdichado juglar al ver lo imposible de su sueño! Él, un pobre trovador, tan sólo podía adorar a su diosa sin esperar nada a cambio.

Una noche, durante un baile que la condesa celebraba con motivo de su cumpleaños –los viejos lugareños murmuraban con misterio que su edad rozaba ya el siglo-, el juglar, más enamorado que nunca, cantó en honor de su amada, como jamás lo hiciera,

con una voz melodiosa arrancando del laúd notas mágicas que brotaban de sus dedos como suspiros amorosos dedicados a su Leonor.

Y aquella noche, al acabar su canto, como si hubiese captado sus sentimientos por primera vez, ella, agradecida, le entregó un rosa. ¡A él! Qué dicha sentía su ingenuo corazón de enamorado. ¡La condesa Leonor le había premiado con una rosa roja de pasión! Por un instante, creyó alcanzar el cielo y se sintió el hombre más feliz de cuantos en el salón se hallaban.

Pero su dicha duró poco pues no bien le hubo entregado la flor, vio desolado que sin previo aviso, al oír el toque de ánimas, Leonor abandonaba la fiesta dejando plantados a sus invitados que ya, sabedores de sus huidas a medianoche, no se extrañaron ni hicieron ademán alguno de seguirla pues así lo había impuesto. Sólo el juglar, alentado por la rosa que le había ofrecido y que parecía darle el valor que jamás tuvo, se decidió a seguirla como una sombra, sigilosamente, cuidando de que no advirtiese su presencia temiendo despertar sus iras.

Leonor andaba con paso ligero y decidido internándose por un oscuro pasadizo alumbrado tan sólo por unos hachones que colgaban de trecho en trecho a lo largo de los muros del mismo. No se detenía ni volvió la cabeza una sola vez convencida de que no la seguía nadie. Al finalizar el largo y estrecho pasadizo, éste desembocó en una especie de cueva iluminada por una extraña luz roja. Un desagradable olor a azufre salía de aquella cueva que, al ya asustado juglar, se le antojó infernal.

La condesa, ahora con paso vacilante, como queriendo retroceder, penetró despacio en la cueva mientras una voz cavernosa, como venida del otro mundo, le decía:

-*“Pasa, Leonor, veo que una noche más has cumplido tu promesa y has vuelto a mí, tu amo y señor, a quien debes sumisión y gratitud pues soy yo quien conserva tu juventud y belleza a cambio del amor que todas las noches me vienes a ofrecer. Has*

disfrutado largos años de una hermosura y una piel tersa que ha sido la envidia, admiración y, al mismo tiempo, la extrañeza de todos cuantos te han ido conociendo durante tanto tiempo, sin que llegaras a envejecer ni perdieras un ápice de tu hermosura. Pero hoy, que ya has cumplido los cien años, se te ha acabado el plazo. Esta noche, tu paso por este mundo ha llegado a su fin y después de entregarme tu amor por última vez, has de entregarme también tu alma”.

El juglar, aterrorizado, escondido entre las sombras del pasadizo, no daba crédito a la escena que estaba presenciando. Se encontraba casi en estado catatónico deseando huir de allí pero el cuerpo, que apenas sentía como suyo, no le obedecía. Acababa de descubrir con horror el secreto de la eterna juventud y belleza de Leonor. ¡Había hecho un pacto con el diablo a cambio de entregarle su amor cada noche y su alma por toda la eternidad!

A duras penas pudo reaccionar y echó a correr huyendo de allí, tropezando con las paredes de aquel horrible pasadizo, que se le antojó eterno, hasta que a lo lejos, con alivio vislumbró las luces de los candelabros que alumbraban el salón de baile del castillo.

Con el rostro desencajado por el miedo, penetró en la sala sin poder pronunciar palabra alguna de lo que había sucedido, mientras los invitados, ajenos al ritual satánico que acaba de contemplar, seguían bailando frívolamente, cogidos todos de las manos, las danzas imperantes en aquella época medieval: carol, estample, danzas macabras, al son de arpas, flautas y trompetas.

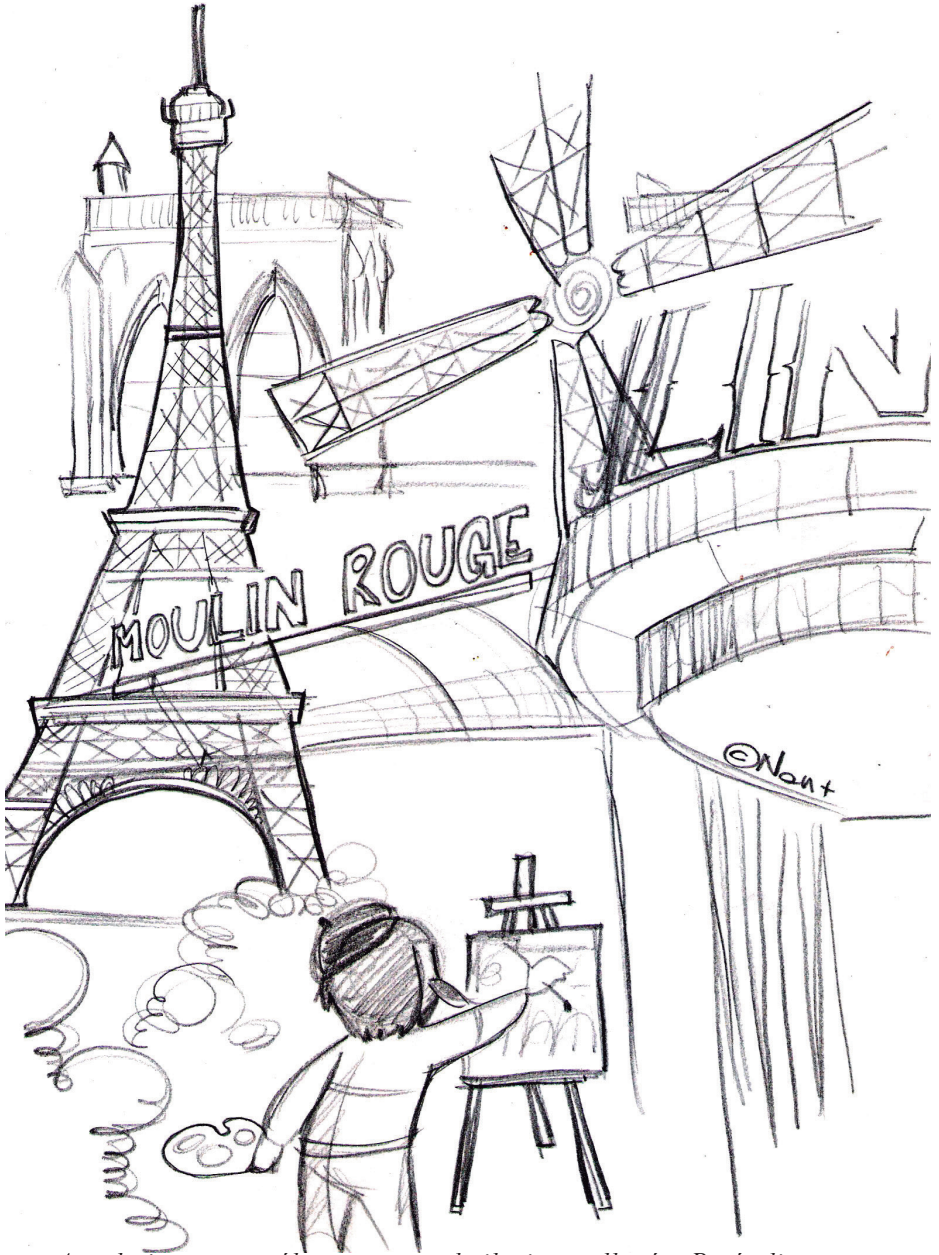
El desdichado juglar, apoyado en una de las columnas, sin apenas fuerzas, contemplaba cual espectador que no ha sido invitado al gran teatro de la vida, cómo giraban todos a su alrededor, felices actores de una comedia sin final. Mientras la rosa, que aún conservaba asida, como si un extraño sortilegio se ejerciese sobre ella, se iba marchitando entre sus dedos.

Al día siguiente a estos hechos, las damas de compañía de la condesa Leonor se dirigieron como todas las mañanas a su al-

coba para despertarla y, al penetrar en la habitación, la escena que presenciaron las dejó paralizadas.

Sobre el lecho hallaron a una horrible vieja con el rostro surcado totalmente por profundas arrugas, el cráneo casi desprovisto de pelo y el cuerpo semejante al de una momia, sólo la piel renegrida y hecha jirones pegada a los pronunciados huesos. La boca, desdentada, parecía sonreír sardónicamente mientras un desagradable olor a azufre se esparcía por toda la habitación.

De la condesa Leonor jamás se volvió a saber nada. Pero los viejos del lugar murmuraban con misterio que una noche el mismo diablo se la llevó con él a los infiernos.



Aquel pintor, con sólo una carga de ilusiones, llegó a París dispuesto a conquistarlo.

“SINFONÍA EN GRIS”

Aquel pintor, ya en su etapa otoñal y famoso en todo el mundo, contemplaba satisfecho el cuadro, su obra maestra según los críticos, que en aquel Museo MOMA de Nueva York ocupaba un lugar destacado. ¡Aquel cuadro! Y sus pensamientos volaron lejos de allí cuando joven y sin dinero, con sólo una carga de ilusiones, llegó a París dispuesto a conquistarlo.

Tenía pocos años y muchas ilusiones de triunfar como pintor. Cuando a solas se quedaba en su pequeña buhardilla en aquel barrio bohemio de París, después de haber expuesto durante todo el día sus cuadros por las aceras de Montmartre, sin haber vendido ninguno, como le sucedía a diario, soñaba que un día se haría famoso y sus cuadros se exhibirían en los mejores museos del mundo: El Louvre, el Moma de Nueva York, L'Ermitage, El Prado... ¡Sueños de juventud!

La realidad era que desde que llegó a París, dispuesto a conquistar la ciudad de la luz, no había conseguido abrirse camino ni vender ninguno de sus cuadros. Recorrió todas las galerías de arte ofreciendo sus pinturas pero en todas ellas le fueron rechazadas. Aquellos bonitos paisajes, su especialidad, que él sabía buenos, pasaban sin pena ni gloria ante los ojos de los críticos, indiferentes a su arte, apenas sin detenerse en ellos. Se los devolvían con un... sí, no era una mala pintura pero... le faltaba algo... quizá alma... lo sentían... vuelva cuando tenga algo mejor... y así, una y otra vez.

Y el joven pintor, cada vez menos ilusionado, regresaba a su casa con los lienzos enrollados bajo el brazo para, al día siguiente, volver a exponerlos sobre el suelo de aquel barrio de artistas ante las miradas de paseantes curiosos que seguían su deambular sin haberle comprado ninguno. Nôtre Dame, los puentes del Sena, la tour Eiffel, el Moulin Rouge... todo lo había plasmado con sus

ágiles pinceles y su imaginación de artista pero, al parecer, no despertaban el interés de nadie.

Una tarde de invierno, gris y con un cielo plomizo amenazando lluvia, salió el pintor, con el ánimo más decaído aún que otros días, buscando un lugar, alguno encontraría en la gran ciudad, estaba seguro, donde le llegase la inspiración deseada, aquella alma que, según los críticos, le faltaba a sus cuadros. Andaba sin rumbo, sin una dirección determinada, esperando hallar ese paisaje soñado que al fin, una vez plasmado sobre el lienzo, despertase el interés de todos y lo hiciese famoso o, al menos, mirando el lado práctico, pudiese venderlo, pues su economía andaba más que maltrecha.

Al azar, se internó por algún barrio extremo de París, sin saber en realidad dónde se encontraba pues no reconocía aquel lugar. Pensó que jamás había estado en aquel sitio. No era raro pues París era una inmensa ciudad y había muchos sitios que aún no conocía. A primera vista le pareció un barrio tranquilo, con casas muy antiguas, casi vetustas. Y observó que nadie pasaba por sus calles, cosa natural pues la tarde era fría y ya comenzaban a caer unas gotas que posiblemente pronto se convertirían en un fuerte aguacero. Era de locos continuar andando pero no podía explicar qué fuerza le empujaba a seguir adelante. Se caló la visera y resguardado por el chubasquero se dispuso a desafiar la lluvia. Tenía la intuición de que en aquel lugar encontraría el paisaje y la inspiración que buscaba desesperadamente.

Y en efecto, de pronto, como una aparición, se dio de bruces con un pequeño parque. Era un jardín extraño, como perteneciente a otra época. Una valla alta lo protegía del exterior y una monumental y artística verja de hierro daba paso al recinto. Decidido, se acercó a la misma creyéndola cerrada pero, con sorpresa, comprobó que al empujarla se abría lentamente rechinando en el silencio del atardecer.

Un paisaje casi irreal apareció ante sus ojos. Desprovisto por completo de color, sólo predominaba el gris, como la tarde

que definitivamente se había metido en lluvia. Unos majestuosos árboles de hojas estáticas, como agujas dirigidas hacia el cielo, daban serenidad al entorno. Pálidas flores, de pétalos casi transparentes, esparcían un suave aroma por doquier, mientras un pequeño estanque de aguas tranquilas, transmitía serenidad al espíritu. En el mismo centro del parque, un maravilloso grupo escultórico, formado por ángeles en actitud silenciosa, lo dejó boquiabierto. Aquellos ángeles parecían seres de verdad, que de un momento a otro se echarían a volar por los cielos. El pintor se sentía arrobado. Jamás había visto semejante belleza.

Poco a poco, sin apenas apercibirse, se hizo de noche y unas mortecinas farolas, situadas en hileras a ambos lados, iluminaron aquel parque tan especial en el tiempo y el espacio, mientras una neblina lo iba envolviendo todo con un tul gris. El joven, convencido de que aquel era su paisaje soñado, el que había buscado tanto tiempo, fijó en sus pupilas cada rincón, cada detalle del mismo, para plasmarlo con sus pinceles. Sí, por fin le había llegado la esperada inspiración. Y, eufórico, lleno de esperanza en que aquel cuadro sería su revelación como artista, salió del parque sin querer adentrarse más en su interior pues la noche había caído por completo y la oscuridad le impedía ver el resto de aquel jardín. Y tocando el cielo con las manos, regresó a su buhardilla. ¡Al fin había encontrado el motivo anhelado de su inspiración!

Al día siguiente, reteniendo en sus ojos como una fotografía todos y cada uno de los rincones de aquel parque, el pintor se dispuso a plasmarlo con sus pinceles sobre un blanco lienzo. La tela, poco a poco, fue tomando vida y llenándose de tonos grises: pálidos, fuertes, nebulosos... se diría que era una sinfonía en gris. Sí, era un buen título para aquel paisaje, casi irreal: "Sinfonía en gris".

Pintaba febrilmente, hora tras hora, como poseído de un espíritu que, al mismo tiempo, parecía llevarle su mano señalándole donde había de dar las pinceladas, donde había de aclarar los co-

lores o, por el contrario, donde había que remarcarlos. Empalmaba los días y las noches, sin apenas descansar, inmerso en aquel cuadro, en aquel maravilloso paisaje al que entregó su alma de artista. El alma que faltaba a sus pinturas y que aquel cuadro por fin poseería.

Y llegó el día en que vio terminada su obra. No era una pintura normal, no era un paisaje más de los que él pintaba. En aquel cuadro, su “Sinfonía en gris”, había volcado todo: su arte, sus ideales, esperanzas e ilusiones. ¡Había volcado su alma!

Fue el pintor revelación del año. Su cuadro obtuvo un éxito arrollador. Incluso los exigentes críticos, reconociendo la excelencia de aquella obra, le concedieron por unanimidad un primer premio. Y, como consecuencia, se convirtió en el pintor de moda al mismo tiempo que los encargos le llovían de todas partes. No paraba de trabajar pues, aún no había terminado un cuadro, cuando ya tenía otro encargo por complacer. Atrás quedó aquel tiempo en que vivía pobremente en la buhardilla, ofreciendo sus cuadros sin que nadie se los comprase. Ahora, la fama y el triunfo le habían llegado por fin, llenando su vida de felicidad.

Una tarde en que, algo cansado, se había tomado un respiro dejando sus pinceles reposar también, recordó aquella otra tarde lluviosa cuando, desesperado, salió a la calle en busca de un paisaje que le inspirase. No tenía nada que hacer así que, curioso, decidió visitar de nuevo aquel parque que tanto significó para él y su carrera de pintor.

Encaminó sus pasos en dirección a aquel barrio de las afueras con la ilusión de volver a visitar aquel jardín. Al acercarse al lugar donde, lógicamente, debía hallarse, sólo encontró una placita en la que alegremente jugaban unos niños. Extrañado, preguntó por el parque a un anciano que se hallaba dormitando en un banco pues pensó que quizá había equivocado la dirección ya que sólo había estado allí una vez.

El anciano, mirándolo con extrañeza, le respondió lacónico: *-Ese parque por el que usted pregunta hace muchísimos años que no existe. Lo derribaron porque ya estaba en ruinas. ¡Ah! Y no era un parque. Era un cementerio.*

El pintor dejó de mirar su “Sinfonía en gris”, su obra maestra. Y lentamente se alejó de allí, acompañado del recuerdo de aquel parque, inexistente en el tiempo y el espacio.



Regresaba a casa por aquel solitario paseo, un poco tético y oscuro a aquella hora, en una noche de invierno.

LA ALUCINACIÓN

Aquella noche de diciembre volvía yo de regreso de una de las asociaciones literarias a las que pertenezco, después de haberse celebrado allí el recital de poesías navideñas que suele hacerse siempre que se acerca la Navidad. Gracias a estas asociaciones, que tanto han proliferado estos últimos tiempos, la poesía, cenicienta de la literatura, sigue en auge pues, por fortuna, mientras haya personas llenas de sensibilidad que escriban bellos poemas, la poesía existirá siempre. Yo, profesional pero sin sentir ese espíritu navideño que alegra los corazones y llena de paz a las gentes, aunque sólo sea por unos días, recité como una más de los componentes del grupo mi poema, el cual iba dedicado al Niño Dios. Convencida de la hipocresía de esas fiestas, hacía mucho tiempo que no creía en ellas. La vida y sus avatares te va cambiando y te vuelve un poco indiferente a casi todo. Tampoco adornaba mi casa, como antaño, con motivos navideños escogidos con ilusión, cada vez diferentes y de distintos colores. Un año, en tonos azules, otro, en dorados, rojos, plateados... Por supuesto, no pensaba celebrar tampoco la cena de Nochebuena, aunque en mi mente todavía quedaban, como agazapados, los recuerdos de aquellas pasadas Navidades con toda la familia cantando villancicos alrededor del Belén. Eran otros tiempos. Ahora faltaban demasiados seres queridos y su ausencia en esas fechas se notaba aún más. Francamente, pasaba de las Navidades y de toda su parafernalia.

Volvía a casa, como dije, por aquel solitario paseo, un poco tétrico y oscuro a aquella hora. La noche, invierno cerrado, era bastante desapacible. Un fuerte viento, ululando en el silencio reinante, azotaba mi rostro y hacía caer las hojas secas de los árboles alfombrando el suelo con ellas. Al pisarlas, parecían emitir un crujido como si fuese el lamento de sus vegetales almas al ser

aplastadas. Una espesa neblina se esparcía por todo alrededor y ni las luces mortecinas de las farolas lograban alumbrar el paseo sembrado de árboles a ambos lados. No pasaba ni un alma y tan sólo se oía el repiqueteo de mis tacones como un eco a lo largo del camino como si alguien invisible me viniese siguiendo.

Francamente, empecé a sentir un poco de miedo, lamentando, por otro lado, la imprudencia de cruzar por aquel paraje solitario.

De pronto, me di cuenta de que el viento había cesado, reinó por completo el silencio y la oscuridad me envolvió totalmente. ¿Qué me estaba pasando? Quería echar a correr, huir de allí, pero mis piernas no me obedecían. Estaba como petrificada sin poder dar un solo paso. Intenté pedir auxilio pero de mi garganta no salió ni un sonido. Y, de repente, una de las viejas palmeras del camino, condenada a ser talada por haberse secado hacía ya tiempo, bajó sus ramas lentamente, parecidas a sarmientos, hasta casi tocar el suelo. Inesperadamente, de su interior salió una luz vivísima, un resplandor que iluminó toda la escena que yo, sin dar crédito a lo que veía, contemplé maravillada. Al pie del aquel árbol reseco apareció ante mis ojos un hermoso portal de Belén con bellas pero estáticas figuras adorando al Niño Dios, mientras unas voces celestiales, semejantes a un coro de ángeles, cantaban la venida del Mesías llenando el aire de armónicas notas.

Las figuras que componían la aparición eran de una gran belleza, casi parecían de carne y hueso. La Virgen María era como una madonna italiana de rasgos serenos. Un manto azul, todo bordado de estrellas, la cubría y una blanca túnica resplandecía como el alba. Arrodillada ante su hijo, lo protegía con amor maternal. A su lado, de pie, José semejava un patriarca que los amparase a todos. En su mano portaba un báculo milagrosamente florido que esparcía un suave aroma alrededor. El Niño, de carita preciosa y carne sonrosada, parecía dormir plácidamente en su cunita de pajas que brillaban como el oro. Y de su cabecita brotaban lumino-

sos rayos. Un ángel con las alas plateadas contemplaba la escena mientras la Estrella de Oriente refulgía como un ascua de fuego. Por último, un aura envolvía a todos los personajes con una luz sobrenatural. Era el Nacimiento más hermoso que había visto en mi vida.

¿Qué significaba aquello? Yo era por completo indiferente a toda creencia y lo que estaba sucediendo no podía ser realidad. ¿Quizá sufrí un ligero mareo? ¿Fue la causa la fuerza del viento que me había estado azotando...? Pero la aparición seguía allí. Irreal, con sus quietos y mudos personajes cual estatuas esculpidas en piedra por un genial artista de otro mundo.

Sin saber cómo, noté que una fuerza me empujaba hacia la palmera y, poco a poco, me fui acercando ella. Al observar de cerca la escena, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, pero, al mismo tiempo, inundó mi alma de una gran paz y felicidad: La figura estática del Niño Dios me miró fijamente con ojos de ternura y dedicándome una sonrisa, con voz cariñosa me decía: -“*Cree en Mí*”.

Al momento, como por ensalmo, todo desapareció. Cesaron los cantos celestiales. Se apagó el resplandor en el interior de la palmera y el fuerte viento comenzó a silbar mientras las hojas muertas seguían cayendo a mi alrededor.

Yo, incapaz de moverme, continuaba al pie de aquella palmera sin vida y, sin saber qué me impulsó a hacerlo, al azar, alcé mis ojos hacia ella y... ¿Qué estaba viendo? ¡No era posible! ¡Había reverdecido! Sus ramas, antes sarmentosas, eran ahora turgentes, frescas, y de ellas pendían jugosos dátiles como doradas lágrimas de agradecimiento por haber cobijado ¡a todo un Dios!

¿Alucinación? ¿Vahído? ¿Enajenación de mis sentidos? No encontraba explicación alguna a lo que acababa de sucederme. Despacio, eché a andar hacia mi casa, inundada de una paz que hacía mucho tiempo que no tenía. ¡Sí! ¡Ese año celebraré de nuevo la Navidad! ¡La más hermosa Navidad de mi vida!

